MATIAS LAVIÑA

LA CATEDRAL DE LEON

MADRID
JUANO DE MEDINA, EDITOR
Calle de la Colegiata, núm 6

1876

LA CATEDRAL DE LEON.

MADRID.—IMP. Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

LA CATEDRAL DE LEON

MEMORIA

SOBRE SU ORÍGEN, INSTALACION, NUEVA EDIFICACION
VICISITUDES Y OBRAS DE RESTAURACION

POR

D. MATÍAS LAVIÑA

DIRECTOR QUE FUÉ DE LAS MISMAS

CON UN

PRÓLOGO-BIOGRAFÍA DE DICHO ARQUITECTO

POR

D. MANUEL M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

MADRID
EDUARDO DE MEDINA, EDITOR
Calle de la Colegiata, núm. 6

1876

PRÓLOGO.

El más humilde de los escritores españoles va á elevarse al cumplimiento de una mision nobilísima. La obra de un hombre extraordinario por su talento, por su laboriosidad, por su experiencia y por sus virtudes; el sazonado fruto de toda una larga vida á la ciencia y al arte consagrada; el de años enteros de meditacion y estudio, concretados al despejo de una sola incógnita, que era al par la delicia y la preocupacion constante de su alma; la luminosa Memoria escrita por el insigne arquitecto y académico D. Matías Laviña sobre el orígen, vicisitudes y obras de la catedral de Leon, de cuya restaucion fué encargado por el Gobierno en 1859, llevaba años de inédita; y el que estas líneas escribe, entusiasta del ajeno mérito, inicia hoy publicarla para deleite y bien de nuestra patria y honor de las artes monumentales.

Data este trabajo del 24 de Mayo de 1867. En el acta de la sesion celebrada el 9 de Julio de 1868 por la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, consta que el Sr. Hartzenbusch y el secretario don Eugenio de la Cámara, presentaron su informe sobre la Memoria haciendo merecidos elogios de la inteligencia y laboriosidad del Sr. Laviña, recomendando mucho su importancia por la multitud de datos curiosísimos é interesantes que contenía, como por la descripcion razonada del plan de restauracion, y acordándose, en fin, excitar á la Academia á que la imprimiese. Posteriormente, al responder la Academia el 15 de Julio del mismo año al encargo que le hiciera el director general de Instruccion pública de informar sobre la marcha y curso de las obras de la admirable Basílica, comunicó, entre otras cosas, lo siguiente:

«La respuesta más completa que puede este cuerpo artístico dar á la consulta de V. S., es remitirle original la Memoria escrita en el último año de su vida por el difunto Sr. Laviña. Ella encierra, en efecto, todo cuanto puede apetecerse saber sobre el asunto: datos curiosísimos sobre su fundacion, su instalacion sobre las termas proconsulares, su nueva edificacion por Alfonso IX, sus vicisitudes originadas por los vicios de su construccion, y la

historia de las operaciones de su restauracion, comenzada en 1859... Este cuerpo artístico apénas tiene nada que añadir, como no sea para hacer merecidos elogios del concienzudo trabajo del Sr. Laviña, digno por su importancia y esmerado desempeño de ver la luz pública para honra del país y de su autor.»

La comunicacion termina con la formal propuesta al expresado centro directivo de que la Memoria se imprimiese y publicase desde luégo bajo los auspicios del Gobierno; pero es de creer que desde el 15 de Julio de 1868, en que la Deuda pública ha aumentado en miles de millones, ha carecido el Erario de fondos para tan corto empeño, dando así triste, aunque feliz ocasion, de que al cabo de ocho años supla esa falta la iniciativa privada.

Tratábase, además, de un templo cristiano, gloria y orgullo de España por su majestad y magnificencia, joya preciosa de la Edad Media é incomparable modelo de cuantos de su carácter han sobrevivido á la destructora accion de los tiempos; y ese doble aspecto de monumento elevado á la piedad y de obra de arte maravillosa, unido á la circunstancia de continuar hoy dia las públicas cuestaciones para acabar los trabajos y evitar la ruina de la Basílica episcopal de Leon, han movido al que escribe á dar

á conocer Memoria en que tan autorizadamente se exponen el orígen y vicisitudes del templo, en que con tan justa despreocupacion se marcan sus perfecciones con sus vicios de fábrica, y en que con tanta exactitud se detallan los trabajos correspondientes á la restauracion comenzada en 1859.

«La dificultad de esta obra colosal, decía la *Revista de Bellas Artes* en un breve artículo necrológico de D. Matías Laviña, y el plan acertado con que la siguió; la inteligencia y esmero constante de vigilar en la elaboracion de todas las partes complicadas de la decoracion ojival, además de ser admirada por propios y extraños, obtuvo la completa aprobacion de los dignos individuos de la Academia que por órden superior fueron á inspeccionarla. La catedral de Leon, añade con referencia al mismo Laviña, era su ídolo y lo que le preocupaba soñando y despierto hasta los últimos dias de su existencia.»

Hé aquí por qué aparece con doble autoridad é interes el trabajo que hoy se da al público, el cual, por otra parte, quizá fuese incompleto á no precederlo algunos datos biográficos del modesto y sabio autor de la Memoria, datos que, léjos de responder á un halago supérfluo de la vanidad humana, enseñarían al ménos á toda nuestra generacion cómo se emplean al servicio del país y del arte setenta años

de honrada y laboriosa vida; que la mejor, y, por decirlo así, la única biografía posible del hombre de que se trata, es aquella que guardan los archivos nacionales, no redactada con signos, sino con méritos, y que en lenguaje comun se llama su *hoja de servicios*.

Nació Laviña en Zaragoza el 24 de Febrero de 1796, de D. Félix, que era carpintero é hijo de aquella ciudad, y de doña María Blasco, de Daroca. Recibió la primera educacion en los Escolapios, y en la Academia de Nobles Artes de San Luis las primeras nociones de dibujo, que tuvo que abandonar en breve para estudiar latin y humanidades. ¡Cuánta era su complacencia á los tres años de edad en formar con tablas castillos y edificios; cuánta su admiracion y sorpresa al asistir á la apertura del Teatro en 1799 y á sucesivas representaciones que le movían á imitar en casa la maquinaria y el aparato escénico; cómo en 1808, cuando el pueblo heróico de Zaragoza acudía á las obras de las murallas, «acarreando los materiales los señores de peluca y áun las señoras con su delantal de cocina,» segun la misma expresion del ocular testigo de que se habla, le agradaba tomar la paleta de algun albañil conocido que trabajaba en la fortificacion, llamando la atencion de todos la habilidad de aquel

muchacho de doce años! Todos estos rasgos de predestinacion han quedado consignados en apuntes de puño y letra del memorable arquitecto.

El cuidado de sus padres, enfermos durante el sitio de la ciudad, el cultivo del dibujo, de la música y áun del baile, la indecision respecto de su carrera, tuviéronle algunos años desorientado de su providencial destino, en los cuales ya se adiestraba en la guitarra, ya se consagraba á la ebanistería, á la fabricacion de objetos de papel ó de carton, al paisaje en cabello, á la geometría, hasta al canto, por complacer á su padre.

Su idoneidad para el canto le proporcionaba unir fácilmente la voz de pecho á la de garganta y cabeza, de suerte que hacía una escala desde el *do grave* al *sí sobreagudo;* y el celebrado maestro Cuéllar, que escribió un cuarteto para su voz, le daba ocasiones de lucirla en todas las misas, novenas y funciones de iglesia. Aquel concepto de *musicante* dió motivo á que al resolver su padre enviarlo á Roma, atento siempre á dar á su hijo la mejor educacion posible, dudaban todos, y el educando mismo, cuál sería su eleccion, si la música ó la pintura.

Decidió su mal encubierta vocacion el admirable espectáculo de los monumentos y edificios grandio-

sos de la capital del orbe cristiano, adonde llegó á principios de 1817, así como las primeras lecciones de perspectiva que recibiera en vista de que su mala pronunciacion italiana y su escuela de capilla eran auspicios contrarios para su estilo de canto; por lo que ingresó como alumno en la Pontificia Academia de San Lúcas, donde cursó sucesivamente el dibujo, la anatomía, en que no hizo grandes progresos por tedio á la tecnología y horror á las disecciones humanas, y la perspectiva, en que obtuvo á los siete meses el primer premio y una mencion honorífica por una escena ideal presentada en la Exposicion de aquel año; así es que, prévia consulta á sus padres, resolvió dedicarse á la arquitectura, y estudió en el Archigimnasio Romano las matemáticas, física y química y las nociones de historia y antigüedades que exigia el plan vigente, al par que en la Academia continuaba cursando delineacion y ornamentacion arquitectónica, composicion y construccion, alternando todo esto con estudios prácticos en las ruinas de los grandes edificios camerales.

Como Laviña gozaba la proteccion del prelado de los establecimientos españoles en Roma, que más tarde fué cardenal Marco, le confió las obras de cuanto ocurría en las fábricas, proporcionándole vasto campo á su ejercicio y la gloria de restaurar

la iglesia nacional, donde hizo gala de sus conocimientos artístico-musicales con motivo de la traslacion del órgano que ocupaba al pié del templo una tercera parte de su nave, quedando muy reducido en volúmen y contenido en dos pequeñas tribunas del presbiterio sin el menor quebranto, ántes bien con la añadidura de seis notas á cada registro, tres de éstos nuevos, 14 contras y el tambor, cuya obra, contra la cual opinaron al principio organistas, organeros y maestros de capilla, valió al artista zaragozano el más halagüeño aplauso del publico, del prelado y de la embajada.

Solicitó despues de la Academia de San Lúcas, prévio exámen y prácticas reglamentarias, el título de arquitecto, que no sólo obtuvo por unanimidad, sino que la patente, expedida el 20 de Diciembre de 1830, fué en alto grado lisonjera, pues mencionaba los diferentes premios que alcanzara en la Pontificia Escuela, y elogiaba mucho sus obras, como un tratado de *Neografía dei Lacunari* que dió á luz en el idioma de Dante con la aprobacion de varias Academias y con láminas al agua-fuerte por él mismo trazadas y grabadas. Durante su permanencia en Roma demostró muy grandes conocimientos mecánicos en la suspension atrevida de algunos edificios para echar nuevos cimientos.

Al cabo de trece años largos de vida en la Ciudad Eterna, y despues de visitar algunas otras ciudades italianas, reclamábale el paternal amor en Zaragoza, y á su regreso á España revalidó su título la Academia de San Fernando, declarándole hábil para incorporarse á ella como arquitecto de mérito. En Zaragoza presentó un proyecto de jardin y adicion de su contiguo y palacio del duque de Villahermosa, que fué preferido á otros varios formados por arquitectos de Paris, Madrid y Zaragoza, y realizó á completa satisfaccion del duque; trazó una escena cerrada para el teatro; dirigió las decoraciones de multitud de fachadas con motivo de las fiestas por la jura de la Princesa; se ocupó en las obras de la Biblioteca para dar cabida á 34.000 volúmenes; proyectó los planos para una aduana en Canfranc, con la aprobacion académica y del gobierno; fué elegido secretario de la comision nombrada para el rescate y conservacion de los monumentos artísticos é históricos, y desempeñó en la Escuela Normal sucesivamente las cátedras de lengua italiana, matemáticas elementales y dibujo de figura, hasta que á instancias del director de la Escuela, encargado del planteamiento del Instituto Riojano, y no viendo nada digno de consideracion artística en Zaragoza despues de nueve años de permanencia en aquella

ciudad, pasó á la de Logroño, cuyas corporaciones le reclamaban para dirigir las obras de recibimiento y públicas demostraciones al pacificador de España.

Realizada felizmente sólo en tres dias aquella mision compleja é improvisada, mereció el nombramiento de maestro mayor del municipio, habiendo de encargarse más tarde á su pesar de la plaza de maestro de obras de fortificacion; y como si no bastara aquel compromiso, le endosó tambien el comandante de ingenieros de ejército el archivo y la correspondencia oficial, cuyos cargos llegaron á malquistarle con el ayuntamiento en 1842. Un año ántes contrajo matrimonio en Vitoria con doña María Sinforosa Martinez, natural de Azcoitia, de la que llegó á tener cinco hijos. En Logroño, pues, donde vió frustrada su esperanza de ejercitar su actividad con fruto, se redujeron sus obras al planado del Paseo del Siete, á la habilitacion del convento del Cármen para el establecimiento del Instituto, al trazado de dos largos trozos de la carretera de Calahorra, en cuyo proyecto introdujo ventajosas variaciones que redujeron á la mitad su coste, y á varias construcciones particulares y otros proyectos, entre los que se cuenta el del teatro, que aunque aprobado en confidencial censura, no llegó á realizarse por causas especiales.

Pasó despues á Madrid D. Matías Laviña, que, mediante ejercicios que practicó, fué admitido académico de mérito en la de San Fernando en Agosto de 1844, y como se le propuso entrar de ornamentista en la famosa platería de Martinez con sólo algunas horas de asistencia cuotidiana, aceptó y cumplió en tales términos, que hubiera llegado á ser el jefe director de ella, como anhelaba el dueño, á no haber ocurrido la defuncion de éste. Sin embargo, se hicieron en su tiempo algunas obras importantes, como un servicio de altar para el Papa Gregorio XVI, las vainas enroscadas para las hojas toledanas que habían de regalarse á los Príncipes de Francia, la gran máquina para la exposicion del Santísimo en Semana Santa para la Real Capilla, y otros trabajos.

Al refundirse en 1846 la Academia de San Fernando, se halló Laviña con el nombramiento real que le incluía entre sus miembros, y en Febrero del 47 obtuvo por concurso la cátedra de dibujo de adorno, que nueve aspirantes solicitaban. Durante este período despachó comisiones é informes para aquel cuerpo artístico, sin que la seccion de arquitectura le rechazase nada á pesar de las cuestiones de grave interes en que intervino, y áun desempeñó tambien algun asunto importante fuera de la corte.

Su actividad y amor al trabajo multiplicaban sus fuerzas de tal suerte, que ya se le hallaba supliendo la secretaría de la seccion de arquitectura de la Academia, ya actuando como juez de oposiciones, ya inspeccionando las de grabado y escultura para Roma, ya de vocal en la provision de los profesores de la Escuela especial de Arquitectura, ya en el tribunal calificador de las obras presentadas en la Exposicion artística de 1856; unas veces dedicado á la enseñanza de la perspectiva; otras simultaneando su cátedra con la de la Escuela de niñas de la Academia, para que fué nombrado; otras redactando unas *Instituciones teórico-prácticas de perspectiva*, que aprobó aquel cuerpo, ó unos *Principios de geometría,* con problemas nuevos é interesantes, ó una *Memoria sobre la mejora de la enseñanza del adorno*, que mandó observar la Academia, ó una *Cartilla de adorno elemental*, que fué declarada de texto por S. M. la Reina, ó un *Tratado de geometría descriptiva*, cuya declaracion de texto fué propuesta al Gobierno oficialmente, ó una *Disertacion sobre el sonido*, que ha quedado inédita; otras, en fin, dedicado á trabajos periciales ó de otro género por encargo de los ministros de Gobernacion ó Fomento, ú ocupado en varias construcciones particulares. ¡Portentosa serie de verdaderos méritos y de eminentes

servicios á la nacion y á las artes en el breve espacio de once años!

Entre las obras particulares que en Madrid se le confiaron, merece especial mencion el gran palacio de los duques de Granada, en cuya fachada introdujo por vez primera en Madrid el uso del cemento romano para la ornamentacion, que más tarde se empleó en las de la iglesia de San Jerónimo y Comendadoras de Calatrava, no sin que en un principio tropezase la innovacion con ardides de mala fe en su daño manejados.

Llegó la hora, pues, de un reconocimiento facultativo en la fábrica de la hermosa catedral de Leon, cuyo estado de ruina inspiraba serios temores. Aquel monumento insigne, sorprendente creacion del genio, ejemplar grandioso del arte gótico, iba á derrumbarse. La fe que despertó aquel genio, el amor á las glorias nacionales, el respeto y la veneracion á sus antiguas grandezas no habían muerto; así es que el Prelado y el Cabildo acudieron al Gobierno en solicitud de que sin demora enviase un arquitecto idóneo que informara los medios más oportunos de conjurar el peligro. Hízose en 1858, con la propuesta de contener por de pronto con apeos las dos bóvedas del coro y presbiterio contiguas á los arcos torales respectivos, y en 3 de

Mayo de 1859 fué nombrado Laviña de Real órden director de las obras de restauracion.

Queda arriba indicada la unánime aprobacion que merecieron la buena direccion, esfuerzos y economía en las obras durante el tiempo que estuvo al frente D. Matías Laviña, cuyos últimos años de vida trascurrieron sin otro pensamiento ni más objeto que la catedral, cifrando en ella todas sus ilusiones, soñando en ella hasta despierto, casi concretando á ella tambien sus más puros afectos; y cuantos quieran juzgar de cerca su conducta, que en medio del general aplauso fué censurada por un inteligente que auguraba en 1863 el desplome de una media naranja que fué demolida en 1861, en la Memoria hallarán documentos públicos y oficiales informes que le realzan, patentizando las dificultades que dejó vencidas con su inteligencia, estudio, celo, constancia, y sobre todo, «con la proteccion de la Providencia,» como él decía.

Con esta gloriosa etapa terminan al mismo tiempo la vida y los servicios de Laviña, que iba á cumplir la edad de 72 años, á pesar de la cual no perdió en lo más mínimo el uso de sus facultades; ántes bien las conservó aún con mayor lucidez, como aumentan su caudal y rapidez los rios á medida que al mar se acercan. Su edad, su vida afancsa y una

dolencia del pecho exasperada con el invierno y agravada en el clima frio de Leon, le llevaron al sepulcro el dia 15 de Enero de 1868, pronunciando al espirar esta máxima del oficio: «¡Agua á las paredes y vino á los albañiles!» ¡Digno epílogo de su carrera!...

Fué su carácter ingénuo, accesible, comunicativo; ni figuró en política ni tuvo otras opiniones que las monárquico-constitucionales, apareciendo sólo como verdadero amante de las glorias de España, como adversario de todo cuanto llevase á la relajacion de costumbres, y como eficaz apoyo del progreso moral y material allí donde cualquiera innovacion provechosa y útil se iniciare. Exacto y legal en sus deberes cuanto verídico en sus asertos, más de una vez sacrificó el interes propio al ajeno. Su desinteres, su celo é integridad se retratan de la manera más fisonómica en una carta que dirigió á su familia recien llegado á Leon, cuyas palabras de inusitado júbilo y de infantil regocijo persuadieron á sus parientes de que alguna ventura inesperada, alguna extraordinaria dádiva de la fortuna había colmado su felicidad.—«¿Le habrá tocado la lotería?» se preguntaron en un principio, aunque nunca jugaba, á pesar de sus escasos medios; pero á vuelta de hoja explicaba el buen Laviña el motivo de su

alborozo, que era haber proporcionado una pingüe economía al cabildo catedral, hallando quien realizase por la mitad del precio contratado cierto servicio de extraccion de escombros.

Su humildad y su modestia, en fin, robustecidas en el retiro de su propia casa, sin frecuentar cafés, teatros ni paseos, cumpliendo apénas con sus escasas relaciones de sociedad, harto se vieron con ocasion de su no pretendido é inesperado nombramiento de director de las obras de la catedral, en que, acudiendo por vez primera al despacho del ministro á fin de averiguar si era él mismo el investido con tan honroso cargo, del que juzgábase indigno, dobló la rodilla el venerable anciano y besó la mano al ministro.

Entre otras mandas, legó en su testamento al municipio de Zaragoza el proyecto de un monumento para perpetuar la memoria de los héroes de 1808, segun acuerdo de las Córtes de Cádiz, el cual fué aprobado por las Academias Romana y Española; algunos ejemplares de sus obras de adorno y geometría á la de San Luis de Zaragoza y á la Escuela elemental de pintura, escultura y grabado de Madrid; y á la Academia de San Fernando el *Diccionario de Arquitectura* que tenía empezado y contaba ya con unas 5.900 voces reunidas, así como la traduc-

cion castellana de su obra *Neografía dei Lacunari.*

No de otros ricos legados de fortuna puede hacerse mencion. Laviña murió pobre, como mueren los hombres de eminentes servicios á la patria, como mueren los obreros de la civilizacion y los mártires del trabajo. Despues de haber desempeñado varias cátedras oficiales en el espacio de veinte años, dotadas como se dotan en esas infelices naciones en que el profesor, si no el pária, es el último ciudadano, disfrutaba meses ántes de su muerte el exíguo sueldo de 600 escudos anuales, con lo que en rigor de ley apénas habrá podido clasificar el Tribunal de clases pasivas á la huérfana de aquel hombre extraordinario con la mísera pension de 175. No intrigó, no aduló, no corrompió, no predicó doctrinas disolventes, no sedujo con la hipocresía del órden, ni anduvo á cintarazos con su prójimo, que le hubiera valido honores y entorchados, ni se amparó siquiera de los cuatro amigos y un periodista, la palanca novísima de la posicion y de la fama.

Laviña, á quien dió el Gobierno las gracias por la economía en las obras de la Basílica; Laviña, á quien prometió solemnemente el Gobierno un premio que no obtuvo; Laviña, cuya virtud, cuya humildad, cuyos servicios é innumerables méritos

contrastan con el carácter de esta época sin carácter, en que la ambicion está en razon inversa del merecimiento, no sólo murió pobre, sino que murió sin una simple condecoracion que ornase el noble pecho del arquitecto y del profesor ilustre. El gimnasta Leotárd, que ni áun era español, obtuvo la cruz de Cárlos III; pero D. Matías Laviña no llegó á dar el salto de los trapecios.

Más de una vez ha pensado el que estas líneas escribe que si Cervantes volviera al mundo en pleno siglo de las luces, tampoco cenaría la noche de concluir el *Quijote*.

MANUEL M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LA CATEDRAL DE LEON.

I.

ORÍGEN DE LA CATEDRAL DE LEON Y SU INSTALACION EN LAS TERMAS PROCONSULARES.

Entre los muchos timbres que ostenta la noble ciudad de Leon, no es ciertamente el de menor valía la antigüedad de su basílica episcopal. No nos ha conservado la tradicion el sitio que ocupaba esta iglesia en los primeros siglos de la cristiandad, porque entónces la religion del Crucificado era, á los ojos de los Césares, una sociedad ilegal, y se perseguía por sus doctrinas y su moral, que destruían las bases de aquella civilizacion caduca, viéndose por esto forzados los cristianos á cantar las divinas alabanzas en lugares recónditos é ignorados. Congregados por sus pastores durante el silencio de la noche, celebraban los sagrados miste-

rios en los subterráneos ó sitios donde más á cubierto estuviesen de las pesquisas de los paganos, evitando siempre con la más recatada prudencia todo alarde que pudiera empeorar una situacion ya en extremo dura. Despues de este período de persecucion y martirio, lucieron mejores dias para la Iglesia, y entónces los cristianos se apresuraron á erigir templos que sirviesen de fijo asiento á la cátedra de sus obispos, y á mediados del siglo III era ya ostensible el culto en la iglesia catedral de Leon, consagrada bajo la advocacion de Santa María y San Cipriano, que todavía conserva la actual basílica. Que esta iglesia estaba en el recinto de la ciudad, parece indudable, en vista de los documentos que el cabildo guarda en su archivo, por más que escritores, por otra parte muy respetables, apoyados en la autoridad de Sampiro, hayan querido situarla fuera.

La toma de esta ciudad por Leovigildo (586) no debió influir en la suerte de su iglesia, siendo probable conservase su esplendor durante los ciento veinticinco años que trascurrieron hasta la desastrosa rota del Guadalete; no pudiendo decir otro tanto de los resultados de la conquista de la misma hecha á viva fuerza por las armas victoriosas de los árabes en 713, durante cuya dominacion vióse la

iglesia reducida á la más dura servidumbre; el pastor se refugió en las montañas de Astúrias, parte del rebaño se alzó en armas para librar el suelo patrio del yugo agareno, pero otra parte prefirió á la vida azarosa de los campamentos las condiciones con que le brindaba el interes del invasor. Treinta años, próximamente, sufrió esta ciudad tan pesada dominacion, habiendo motivos para presumir que en todo este tiempo el templo de Santa María permaneció abierto al culto, atendida la tolerancia que en toda la Península encontraron aquellos conquistadores. En este estado debió hallarle Alfonso I el Católico, al apoderarse de la ciudad en una de las muchas expediciones que hizo al territorio ocupado por los infieles desde el 742. Libertado el país del yugo de los ismaelitas, la iglesia fué poco á poco recobrando su antiguo brillo, merced á la munificencia de los soberanos y al inagotable celo de sus obispos. Poco más de un siglo despues de la reconquista, el obispo Fruminio, primero de este nombre, restauraba el templo de la catedral, consagrando de nuevo el altar dedicado á la Vírgen María (28 de Mayo de 865).

Al trasladar la corte á Leon, Ordoño II echó luégo de ver que la iglesia matriz no correspondía al rango á que acababa de ser elevada la ciudad. Esta

idea por una parte, y por otra el deseo de mostrar su reconocimiento al Señor por el favor que le dispensaba en sus empresas contra los enemigos de la religion y de la patria, le movieron á erigir un templo tan suntuoso como permitían las circunstancias. Destinó al efecto su propio palacio, que era un espacioso edificio de tres naves, construido durante la dominacion romana para casa de baños y gimnasio. Dotado el expresado edificio de tan buenas proporciones, pocas obras fueron necesarias para convertirle en el anhelado templo; y colocado en la nave central el altar de Nuestra Señora y otros dos en las laterales dedicados al Salvador y los Santos Apóstoles el uno, y el otro á San Juan Bautista y todos los Santos Mártires y Confesores, se hizo la dedicacion con gran solemnidad en 916, dándose á la nueva catedral la advocacion de Santa María, que tenía la antigua.

Ochenta años trascurrieron desde la inauguracion de esta iglesia sin que ni un solo dia se viese interrumpido el culto. Almanzor, despues de un largo asedio, se apoderó de la ciudad (997), y dicho se está cómo la trataría un conquistador á quien seguía una estela de sangre y de ruinas. Mutiló y aportilló las murallas, derribó edificios, y satisfecho de su obra se volvió á la Ciudad de los Califas. Dos

años despues, su hijo Abdemelich, queriendo vengar la derrota que su padre sufriera en Calatañazor, vino á esta poblacion, y hallándola indefensa, se apoderó de ella sin dificultad; causó nuevos daños en la muralla, y quizá la hubiera arrasado hasta los cimientos á no estorbárselo el conde de Castilla. Jamás esta antigua ciudad se había visto tan cruelmente tratada como lo fué en estas dos sucesivas invasiones. Pocos fueron los edificios que lograron sobrevivir á tan general desolacion, sorprendiendo verdaderamente que en medio del odio que debió inspirar á los infieles tuviese la fortuna de ser uno de ellos, sin duda por su sólida construccion, la iglesia cuya historia viene reseñándose; pues aunque sufriese algun desperfecto en su fábrica, es lo cierto que á fines del mismo año (999) en que hizo su expedicion Abdemelich, tuvo lugar en ella la coronacion de Alfonso V con gran pompa y solemnidad.

La suma pobreza á que había llegado la iglesia, á pesar de las cuantiosas donaciones que en diferentes épocas la habían hecho los reyes y los prelados, no permitían hacer en el edificio las obras que exigía su entretenimiento, y este forzado abandono debió producir los más desastrosos efectos en su fábrica, porque al tomar posesion de esta silla episcopal el

insigne Pelayo II (1065), ofrecía este templo la más dolorosa perspectiva. Pero este digno prelado, con un desprendimiento que le honra sobremanera, destinó todos sus bienes y los muchos recursos que le facilitaron las personas piadosas á su reparacion, logrando conjurar la ruina de que estaba amenazado. Puso nuevos altares con la misma advocacion que tenían los antiguos, colocando en la nave del medio el dedicado al Salvador y á todos los Apóstoles, el de la Vírgen María, patrona de la iglesia, en una de las laterales, y en la otra el de San Juan Bautista y San Cipriano. No satisfecha con esto su piedad, levantó de nueva planta, alrededor del edificio, casas, claustro, un refectorio y las dependencias necesarias para el servicio de los canónigos que en aquella época hacían vida regular. El interés que á todos inspiraba esta antigua basílica y el inmenso placer con que habían visto su restauracion, se manifestó bien claramente en la inusitada pompa y lucido concurso con que se celebró la consagracion de los altares (10 de Noviembre de 1073), pues asistieron á este religioso acto el rey Alfonso VI, su hermana doña Urraca, y doña Elvira, ocho obispos y crecido número de abades, de grandes y de caballeros.

Este templo conveniente y maravilloso, como le

llama el obispo Pelayo II, prolongó su existencia hasta fines del siglo XII, en que, introducido el estilo ojival, el obispo Manrique, hombre de levantados pensamientos, le hizo demoler para construir en su lugar la fábrica actual, objeto de admiracion para propios y extraños por la pureza de su órden gótico.

II.

NUEVA EDIFICACION POR ALFONSO IX, Y VICISITUDES POR LOS VICIOS DE CONSTRUCCION.

Estaba para terminar el siglo XII y ocupaban el trono Alfonso IX y su esposa doña Berenguela, cuando el obispo D. Manrique de Lara, de la nobilísima casa de los señores de Molina, movido por su propia piedad y acaso tambien por los edificantes ejemplos de los monarcas, concibió y trató de llevar á pronta ejecucion el proyecto de la nueva iglesia sobre la antigua. La historia no registra el nombre del artista insigne de que se valió para realizar su pensamiento tan esclarecido prelado. Unicamente se sabe que 23 años ántes que comenzase la nueva fábrica, era maestro de la obra de la catedral Pedro Cebrian, como se lee en una escritura del archivo. De los que continuaron la obra,

que duró por espacio de cien años, solamente hay noticia del maestro Enrique, que era tambien de la obra de la catedral de Búrgos, y murió en 1277.

Se abrieron los cimientos del nuevo edificio sobre un suelo de aluvion compuesto de arenas, cascajo y cantos, hasta la posible profundidad, en que se tropezaron ya las aguas y se hizo un tendido horizontal de hormigon con buenas condiciones, teniendo la altura de los cimientos sobre dicha planicie hasta el pavimento del templo once piés y medio. Su planta fué la de cruz latina con una nave central de sorprendente elevacion, sostenida por doce columnas en cada lado, que cierran el ábside, y cuatro en la nave crucera; y otras dos naves laterales de menor altura y algo más de la mitad de anchura que la principal, que, siguiendo al otro lado del crucero, rodean el ábside, en el cual se hallan siete capillas, una de las cuales sirve de paso á la magnífica titulada de Santiago, que fué construida cerca de dos siglos despues. El pensamiento es de lo más atrevido y áun arriesgado; sus proporciones esbeltísimas y sus relaciones entre vanos y macizos perfectamente combinados; pero la calidad de sus materiales deja mucho que desear, y su mano de obra aparece muy descuidada; bastando decir que la piedra, de limitadas dimensiones, y por

consiguiente con poca trabazon, es arenisca y floja, permitiendo que las aguas y los hielos la destruyan y hagan barro; que los tendeles son tan gruesos, que en muchas partes pasan de cuatro centímetros de espesor, y que se ha hecho con tanto descuido, en lo general, la colocacion de la piedra, que debajo de un sillar se ha encontrado un rodillo de chopo, y el piso del triforio se halla en un lado quince pulgadas más alto que en otro. Tuvo además esta obra la fatalidad de que en las guerras del primer siglo de su construccion se convirtiera en baluarte por una de las facciones que aspiraban á la corona del reino, de cuyas resultas sufrió grandes destrozos. Bien pronto se hicieron manifiestos los vicios de su construccion, porque á mediados del siglo XIV hubo ya que dar un buen apoyo á las fachadas de Poniente y Mediodía, agregando á las mismas un pórtico de contravesto cuyas esculturas en la principal, á falta de otros datos, manifiestan bien la época por su estilo más delicado, siendo entónces sin duda cuando se macizaron los vanos laterales de todas las ventanas altas y los de las del triforio, quedando sus seis vanos reducidos á cuatro como en aquellas.

No se manifiesta indicio alguno en la fachada Norte de que se hiciese portada alguna para su re-

fuerzo como en las otras dos, y esto debió consistir en que no azotando los vientos huracanosos por este lado, no producían el mismo efecto; ó bien porque ya se ejecutaba ó había ejecutado la anteiglesia en que ahora se hallan los altares de Santa Teresa y de San Andrés, cuya obra le da tanto ó mayor apoyo que aquellas. Esta fachada era muy semejante á la de Mediodía; todavía se halla abierto el vano ojibal y subsisten las argollas de la puerta ocupada por el altar de Santa Teresa, é indudablemente la entrada al templo por este costado era la más concurrida, porque el antiguo recinto, y consiguientemente la poblacion, se extendía más por esta parte. Llegado el siglo XV, más sosegado y de mayores recursos, se completaron algunas obras que estaban en suspenso, tales fueron el tímpano de la fachada Norte en 1444 y la torre del reloj en 1472. En el reinado de los Reyes Católicos se restauró la torre de las campanas, y quizá entónces se coronó todo el edificio con nueva cornisa de buena piedra, cuyo perfil y entalles anuncian la época de transicion, quedando así libres las ventanas altas de la ruina que las amenazaba. Por los años 1537 en que el célebre Badajoz era arquitecto de la catedral, levantó en la fachada principal el Atico, en el cual se representa la Anunciacion de Nuestra Se-

ñora, coronado de un extenso corredor sobre el que se eleva un cuerpo aislado con roseton calado y agudo, flanqueado de dos torretas exagonales que á gran distancia se destacan con buen efecto, pero que, bien considerado, de cerca produce una impresion contraria á la belleza del tipo original, y contribuye con la excesiva proyeccion del citado corredor y su excentricidad, al desplome que se advierte en dicha fachada. A poco tiempo debió seguirse la reparacion de los arbotantes y exornacion de los pilares en que estriban, porque éstos, en la parte del Mediodía, son propiamente del estilo del Renacimiento y uniformes entre sí, con sus cuerpos resaltados, á manera de capillitas ornamentadas con sus pequeños frontones y jarroncitos, y continuando la elevacion á la par del tejado con los acostumbrados pináculos decorados de aristas molduradas y una serie de hojas, terminan su cúspide con una especie de flor de lís. La reparacion de los arbotantes del costado Norte, indica, por la forma de los pilares de su estribacion, una época ya posterior al buen gusto del Renacimiento, faltándoles ya la regularidad y simetría, pues cada uno termina y difiere enteramente de su inmediato, como producto de diferentes engendros.

La bóveda crucera debía hallarse por los años 1635

muy resentida, ó más bien arruinada, como no podía ménos de suceder segun se habían separado de ella los cuatro pilares fundamentales por curvatura adquirida á impulso de fuerzas cruzadas sobre la debilidad y mal asiento de los materiales de los referidos pilares. Esta gran curvatura causaba la admiracion de los inexpertos, que la juzgaban como obra atrevida y de mérito, hecha al intento desde un principio, y esta creencia ha durado hasta nuestros dias. Entónces el arquitecto D. Juan de Naveda, cediendo á las exigencias de la opinion preponderante, que consideraba rebajado el mérito de esta catedral tan celebrada por carecer de una cúpula como en otras se ostentaba, emprendió la construccion de ésta, apartándose del estilo gótico y eligiendo la clásica arquitectura, comenzando por variar la forma ojival de los arcos torales, sobrecargando su trasdós con otros sillares de paramento y la agregacion de otras dobelas de medio punto, con lo que recibieron una carga de 11.000 arrobas.

En 1637 parece estaba suspendida la obra de la media naranja, pues el mismo arquitecto informó al Cabildo de esta suerte: «Conviene en primer lugar »que la obra de la linterna se sobresea por algun »tiempo, cubriendo como se debe la media naranja »y tejados de manera que las aguas no humedezcan

»las pechinas, que cada dia estarán más lucidas, y »las aguas que sobre ellas *cayen* continuamente las »humedecerán y sería posible por trascurso de tiempo *recebir* algun daño.» ¿Cuál pudo ser la causa de una suspension de 74 años? Todo induce á creer que se suscitaron nuevas dudas y vacilaciones sobre el acierto ó desacierto de una obra emprendida sin la debida reflexion y madurez. Recogidas las aguas, debió calmarse aquel anhelo tan vehemente, puesto que duró sobre 40 años más la suspension de la obra, al cabo de los cuales, consultadas las celebridades de la época, fué D. José de Churriguera ó alguno de su escuela el que ideó sobre los cuatro pilares fundamentales, que llegaban á la altura del tejado, la ereccion de otros cuatro de 68 piés de elevacion, con cuatro de grueso y diez de tizon en direccion al centro de la cúpula, como efectivamente se ejecutaron con el objeto de cruzar unos arbotantes que, arrancando de una altura conveniente y direccion diagonal, abrazasen el anillo en que debía sentar la linterna, y que al paso que la sostuviesen, rechazasen el esfuerzo que ejercían las partes voladizas, que sobresalían siete piés del vivo, sentando tres solamente de los diez de su tizon. La construccion de los arbotantes, además, no debió ser muy esmerada, pues

ninguno concurría al punto designado, segun la declaracion jurada que hizo más tarde el arquitecto D. Fernando de las Casas y Novoa, diciendo «*estar* »*mal obrados que luego le hicieron dudar en la fir-* »*meza y permanencia que se requiere en obra tan* »*grave y de tan considerable costa*,» etc. Contemporáneamente, otro maestro arquitecto, D. Andrés Hernando, en igual declaracion, dijo respecto á estos arbotantes «*que habían de mantener el anillo y de-* »*mas peso conforme á la traza se habia de echar* »*sobre él, no llegan con una misma igualdad á reci-* »*bir su anillo y cornisa como debieran segun* »*arte*,» etc.

Nadie hizo mencion de la excéntricidad de los pilarones y, así, al paso que desmontaron los arbotantes dieron, tanto el uno como el otro de aquellos arquitectos, por seguros los referidos pilarones; de suerte que cuando fué llamado el arquitecto de la catedral de Salamanca, D. Pantaleon del Ponton Setien, en 1711, se comprometió á hacer sobre la media naranja una linterna conforme á las trazas que presentó con toda firmeza y seguridad, la cual «*tuviese de elevacion interior* 55 *piés, y por lo exte-* »*rior que hiciese correspondencia á lo mejor de la* »*similitud que tiene esta Santa Iglesia*,» cuya obra había de ejecutarse con piedra franca de Boñar,

«*debiendo tener pilastras, festones y otras cosas que* »*hacen agradable la vista,*» y fué ajustada en la cantidad de 96.000 reales vellon. Dadas sus disposiciones y medidas á los obreros, marchó Setien, en tanto que éstos labraban los sillares, á evacuar otros compromisos; mas la resolucion de cargar la cúpula despues de tanta dilacion y controvertidas opiniones, no debió ser tan firme que no produjese nuevas dudas, y así no es extraño que el mismo Cabildo quisiera asegurarse más del buen éxito consultando nuevos peritos, y entre ellos á un D. Pedro Fernandez Cardeño, monje benito, quien dió nueva traza, conviniendo en la ereccion de la linterna de piedra y añadiendo á ésta y á la cúpula «*bastantes* »*cabezas de serafines, molduras, entalles, espejos,* »*volutas con chicotes,*» etc., etc., que debió satisfacer á Su Ilustrísima «*por tener agrudables sombras* »*que hermosean por la oposicion que hacen á lo* »*blanco.*» Esta traza debió remitirse á Setien, el cual convino en hacer estas adiciones, retardando la obra y dando lugar á nuevos cálculos y combinaciones. A pesar de la seguridad dada en el informe y proyecto del monje Cardeño, todavía, y no obstante lo avanzado en la labra de la linterna, el Cabildo volvió á reproducir la idea ya desechada, que había propuesto el mismo Setien, de hacer de

hierro la linterna; pero durante estas vacilaciones, Dios llamó para sí al maestro Setien de Salamanca.

Si la poco meditada y absurda implantacion de los cuatro pilares fué respetada por el arquitecto Ponton de Setien, por el monje Cardeño y por otros varios maestros que de órden del Cabildo visuraron la cúpula á poco de la muerte de aquel, no pudo ser sino por influencia de parte, por el respeto al profesor que los erigió, al mucho coste que debieron tener, ó al temor de perder aquella obra, cuyo empingorotado aspecto se abordaba perfectamente con el de la cúpula, por más que ésta fuese tanto ó más impropia que aquellos del verdadero y severo carácter del edificio. Era preciso que trascurriesen veinte años más de indecision para llegar á un acuerdo en que interviniese el Real Consejo de Castilla, con el fin de resolver tan debatida cuestion. Con efecto, nombró á los tres arquitectos D. Felipe y D. José Alvarez de la Viña y á D. Pedro Valladolid, los que en 16 de Febrero de 1734, prévias las formalidades acostumbradas, emitieron un luminoso informe, y despues de dar las razones oportunas, demostraron que la media naranja llevada hasta el punto de erigir la linterna, á pesar de haberse intentado varias veces por arquitectos de nombradía, «no era posible car-

»gar sobre aquella peso alguno ni perfeccionar otra »obra miéntras no se desmonte el todo de la misma »juntamente con los cuatro pilares fabricados sobre »los macizos principales hasta llegar á la cornisa de »donde hoy mueve dicha media naranja, reservándose el exámen de ésta para cuando se hubiese »desmontado aquella, por no poderse apreciar su »verdadera trabazon y firmeza.» En 25 de Mayo de 1737, esto es, tres años despues, seguía la cuestion de cúpula y pilares sin resolucion alguna, cuando el arquitecto D. Narciso Thomé y Miró fué encargado del proyecto del gran retablo mayor, como asimismo de un dictámen sobre la obra de la cúpula, respecto de la cual dió su parecer en los siguientes términos: «Soy de parecer que Vuestra Ilustrísima no se empeñe en hacer la obra que falta para rematarla, »pues es muy aventurado cargar sobre tan débiles »y flacos fundamentos, pues la media naranja que »está hecha es tan desamparada, que la faltan las »fundamentales fuerzas para resistir la gravedad del »peso que desde el anillo arriba se sigue hasta rematarla; pues aunque la disposicion de los cuatro »pilares y botareles nuevos que están hechos para »que supliesen lo débil de sus fuerzas pueden ayudar en la plantificacion de dicha media naranja y »tener con precision ella que recibir el peso del

»empilastrado que forma ventanas de la linterna »hasta dichos botareles nuevos, y éstos unidos con »dicho empilastrado y anillo de dicha linterna; todo »hace peso, llamando á su centro, por lo que soy »de sentir se pueda seguir con esta obra segun está »delineada, y sólo podrá resistir dicha media naranja »en la forma que está el hacer la linterna de estu- »que imitando á la piedra por lo interior, y por lo »exterior haciéndola de madera y empizarrada.» Con esta última cláusula consoló Thomé los desfallecidos ánimos de los que abogaban por la conservacion de lo hecho; pero por entónces todo quedó en suspenso, pues urgía atender á la grandiosa y teatral máquina del retablo, á la traslacion del coro para ponerle donde más estorba, áun contra la antigua liturgia, y poco despues fué hecho el nuevo y magnífico órgano, de no ménos aparato que el retablo, como producto de una misma fantasía. Llegó, por fin, su turno á la desvencijada cúpula, la cual fué reforzada en sus riñones con obra de ladrillo, construyendo además en rededor suyo una cerca cuadrada de sillarejos, que tampoco aligeró en nada la carga de los desquebrajados pilares fundamentales. Sobre la cúpula se armó la linterna ochavada, de madera pintada en lo interior y forrada de plomo en lo exterior, cubriendo con pizarra desde el anillo

al extremo de la cerca de sillarejos y terminando con su correspondiente bola, cruz y veleta. En esta ocasion tuvo lugar la reforma decorativa propuesta por el monje Cardeño, pues se hicieron los rehundidos moldurados, se modelaron sobre las pechinas los cuatro Santos Doctores de la Iglesia de tamaño colosal, clavando en sus juntas y tendeles largos clavos de á cuarta, tercia y media vara, entrelazados con alambre, á fin de contener lo modelado, en que se empleó para cada uno sobre 80 arrobas de yeso. Se modelaron asimismo las ocho Sibilas, algo mayores del natural, en los espejos de la media naranja correspondientes á los arcos torales, asegurados tambien con clavos más pequeños, por ser de menor relieve, y se añadieron los festones y hasta los chicotes y volutas.

Al terminar el siglo XVII bullía ya la idea de alzar una espadaña (que así la nombraron) sobre la fachada Sur, y el maestro D. Manuel Conde Martinez presentó al Cabildo dos trazos en una misma hoja con el fin de cotejarlas, en una de las cuales reproducía la peraltada forma de isósceles que se halla en la fachada opuesta, conocida con el nombre de Alcachofa, si bien con la agregacion de algunos perifollos y arrumacos de mano inexperta, propios de la época, acompañando á dicha espadaña sus respec-

tivas torretas colaterales. El otro proyecto más ingenioso, variado y original, fué, no obstante, la pesadez de sus perfiles y poca relacion entre los varios cuerpos de su conjunto, muy del agrado de Su Ilustrísima, pues que sirvió de tipo para una nueva traza, más esbelta, proporcionada y mucho mejor ornamentada, que más tarde se llevó á cabo; mas los grandes dispendios que debieron causar las obras que se meditaban y que efectivamente se realizaron, debió suspender la ejecucion de este pensamiento.

La capilla de Nuestra Señora del Cármen, primera del ábside en el lado de la Epístola, al terminar las completas el 8 de Enero de 1743 se arruinó improvisadamente. Las causas se dejan adivinar, mediante á que la pared exterior se halla con seis pulgadas de desaplomo hácia lo exterior. Acaso el pilar que hay en su centro sería de mala piedra, como lo es toda la de la primera creacion, y cargado con el excesivo peso que todavía tiene sobre sí, hubo de desgajarse, pues todo él se hizo de buena y nueva piedra, así como la bóveda que en él estriba, y que acaso sea la única que hay de rosca de ladrillo. Quizá entónces se cerró el ingreso de la tercera portada de la portada Sur, que permanece tapiada de sillares, y se efectuaría el empelechado exterior que se hizo al

torreon llamado Silla de la Reina, que poco ó nada favorece á la estabilidad del mismo.

Llegó en esto el año 1755 y el terremoto que asoló á Lisboa y se extendió gran techo, obligó instantáneamente á la reparacion del esbelto roseton de luces de esta fachada, que con tan brusca sacudida sufrió gran detrimento, pues siendo de mala calidad la piedra, se había corroido con las aguas, hielos y el sol, y sus delicadas piezas, perdiendo una parte de su grueso, habían quedado sin la fuerza y trabazon necesaria. Pero se creyó entónces que, para dar mayor robustez á la fachada, convenía macizar aquel espacioso hueco, dejando dos ventanas gemelas con un pequeño ojo entre sus ojibas, tal cual se ve en las láminas que mandó abrir el Cabildo en 1790, y se hallan en la obra del Padre Risco sobre la iglesia de Leon, tomo II, cuyo gusto se halla muy distante del primitivo, y á mayor abundamiento de carga se macizó tambien el lindo peristilo exterior del triforio.

No se tuvo en cuenta al ejecutar estas obras la de aplomar, ó por lo menos contener el desplome de la fachada, creyéndose suficientemente robustecida para soportar la inmensa balumba del ático romanato y elegantes torretas, erigido todo sobre la cornisa de la fachada. Y ciertamente su composicion

afiligranada y su culminante aspecto formaba todo un conjunto agradable, aunque heterogéneo, para los preceptos del arte, y mucho más inconexo si separadamente se le examina en sus detalles. Esta gran mole se hallaba sobre el principal arco de primitiva construccion, estribando en los flancos ó contra-fuertes angulares de la fachada, delicados ya por sus malos materiales, y debilitados además por el hueco de las escaleras que comunicaban á lo más alto, los cuales paulatinamente iban dando mayor extension á la ságita de aquel, y acrecentando al propio tiempo el desplome á lo exterior. Los daños causados por aquella fortísima trepidacion fueron considerables, por eso se observan muchas reparaciones que datan de aquella época, en el cerramiento de los pasillos, en los triforios y en los andenes, que llaman del escamado, en varias piezas ajustadas en las grietas de las ojivas de las ventanas, y en el estucado de otras no pocas hendiduras, etc., etc.

Tampoco es fácil averiguar cuándo ni por qué causa fueron suprimidas todas las vidrieras que decoraban el triforio y debían producir un mágico efecto, ni las del cuerpo bajo ó sea del corredor que flanquea las naves laterales. Varias son las razones que á primera vista se ofrecen respecto á la supresion de estas últimas, cuales son los gastos de re-

paracion por la mayor exposicion á fracturas en una poblacion en que la educacion no ha inspirado el debido respeto á los monumentos, y la demasiada facilidad para la invasion de templo. Por lo que respecta á la supresion de las vidrieras del triforio no se comprende la causa tan fácilmente, si bien pueden suponerse varias. Una de ellas el descuido en la limpieza de las gárgolas para que las aguas llovedizas no se detuviesen y su curso fuese expedito, lo que bien pudiera conseguirse con una vigilancia más esmerada; pero sucedía que las naves laterales divertían sus aguas á los dos lados, uno de los cuales era á la gárgola practicada sobre los arcos de la pared intermedia, y esto debía causar mucho embarazo y producir continuas obstrucciones. Se encontró, pues, allá *in illo tempore* un medio expedito y muy económico de salvar esta dificultad, y este fué el de dirigir las aguas todas al lado de la pared exterior, con lo que el cuidado de la limpieza se disminuyó considerablemente. Efectuado este proyecto, vino á dar un resultado económico, porque las vidrieras quedaron bajo el nuevo sistema aseguradas para lo sucesivo, y la supresion de las demas suministró un repuesto de material para los apaños sucesivos de las restantes vidrieras; por lo cual no es extraño, en tales remiendos, ver una ca-

beza con tres ojos. Se tabicaron, pues, con adobes los vanos que ocupaban las vidrieras, tanto del triforio como de las naves laterales, desapareciendo para siempre, además de aquella serie de efigies tan significativas, los episodios del antiguo y del nuevo testamento que tanto impresionaban la imaginacion de los que no conocían otra lectura de la Biblia. Del representado que tuvieron las vidrieras de las naves menores, podría suponerse un remedo las pinturas que las reemplazan, si se atiende al estilo seco y trazado de los trajes y sus pliegues, y hasta lo extraño de las fisonomías; acaso fueron estas un calco de las mismas vidrieras, mas uno de los presuntuosos aficionados que las retocó despues, acabó de dar la última mano á la destruccion, quedando, sin embargo, un recuerdo de lo que fueron, pero de las de los triforios ni áun esto.

Fué tambien una de las innovaciones aplaudidas la de antepechar los triforios, como si aquel andén hecho para los operarios que tienen que cuidar de la limpieza tuviesen necesidad de él, á no ser que pretendieran utilizarlo para disfrutar de las grandes solemnidades. El buen efecto de aquel peristilo quedó con esto enteramente perdido, adquiriendo proporciones enanas y raquíticas de un modo monstruoso. Para esta obra mezquina, costosa y mal

aconsejada, fué preciso intersecar las basas de todas las columnas por ambos lados, é inhestar en ellas grapas y pernos que les hizo bien poco favor. En el andén bajo se puso otro antepecho de tan distinto y depravado gusto, que ni por el arte, ni por la decencia, es propio de aquel sitio.

El gran resentimiento que por razon del terremoto tuvo la obra, y que indujo á la primera reparacion, había sido por lo pronto contenido, y hubiera producido mayor vigor y duracion, si fija la vista en los motivos que le ocasionaron, no se hubiese cargado y recargado despues con obras de gran peso, ó al hacerlo se hubiese considerado mejor el modo y manera de ejecutarlo con oportunidad y destreza, sin añadir nueva fuerza á las palancas que precipitaban su caida. Si conocida la tendencia de los pilares fundamentales á encorvarse, quizá por la mala disposicion de los pesados y mal dispuestos tirantes de las armaduras y por el exceso de los tendeles de los pilares, se les hubiera sujetado de alguna de las maneras que ofrece el arte y el ingenio adopta, y si en lugar de cúpula y de pináculos y de otros excesos se hubiera repuesto la bóveda crucera, no habrían empujado aquellos la fachada Sur hasta el alarmante extremo en que se la veia, ni el mal entendido socorro que se la prestó

despues de 1755 habría sido necesario, ni ménos llegado el caso de arrepentirse de él, cuando en 1849 volvió á reponerse el roseton. Era en esta época muy celebrada la fama del jesuita P. Ibañez, que tomó sus medidas, proponiéndose la idea de macizar el ambulacro del triforio y picar los estribos hasta dejarlos en la vertical, de la cual se apartaban 28 $^1/_2$ pulgadas; mas este plan no tuvo efecto á causa de su fallecimiento. Sustituyóle en esta empresa el arquitecto D. Fray Miguel Echano, monje benedictino, el cual, desechando ambos recursos (poco acertados seguramente) manifestó su gran práctica y destreza en la montea del roseton, porque preparadas ya todas sus piezas, comenzó por colocar la clave en primer lugar, sirviéndose por cimbra de la misma pared que había de demoler para ir colocando sucesivamente á uno y otro lado de aquella pieza las demas que componían el cerco y todo el roseton, terminando por la más inferior y opuesta á la clave, lo cual causó la admiracion de los inexpertos, por lo inusitado del método.

Para mayor refuerzo de su obra, endosó á los costados dos pilares de 16 $^1/_2$ piés superficiales de asiento, sobre el trasdor de los arcos de las portadas hasta la altura que creyó oportuna. La ejecucion fué buena y esmerada, las proporciones mucho

más robustas que las del tipo fronterizo, y unos tres piés menor en su diámetro total. Bien daba á entender el P. Echano en sus conversaciones privadas, que su obra no sería de gran duracion, considerando lo desencajado de las bóvedas y la inversa curvatura de los arcos torales, pronóstico que se realizó ántes sin duda de lo que el entendido monje presagiaba.

III.

RESTAURACION ACTUAL.

Apénas habían trascurrido nueve años, cuando el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo Barbagero y el Cabildo de la santa iglesia de Leon, expusieron al Gobierno de S. M. la necesidad de que á la mayor brevedad enviase al arquitecto que juzgase oportuno para practicar un reconocimiento, en vista del estado alarmante que ofrecía la catedral. En efecto, con fecha 6 de Julio de 1858, el académico D. Narciso Pascual y Colomer recibió del Excmo. Señor Ministro de Gracia y Justicia la comision para reconocer el estado de dicha fábrica é informar sobre los medios más conducentes para remediar y contener su ruina, lo cual practicado, expuso la necesidad: primero, de contener con apeos las dos bóvedas del coro y presbiterio, contiguas á los

respectivos arcos torales para evitar la ruina inminente que amenazaban; segundo, de preparar un estudio minucioso y prolijo en el levantamiento de planos á diferentes *alturas y en secciones horizontales y verticales, á fin de hallar los puntos en que hayan de estribar los apoyos que se juzguen necesarios*, operaciones que exigen mayor detenimiento que para construir de nuevo.

Convencido el Gobierno de S. M. de tan peligrosa situacion, expidió en 3 de Mayo de 1859 la Real órden de nombramiento á favor del actual director, que se trasladó á Leon el 28 del mismo, y despues de oir de los prácticos y arquitectos que hasta entónces habian intervenido en las reparaciones de la catedral, procedió á practicar desde la raíz de los cimientos hasta la cima del más alto pináculo, la medicion y aplomo de todos los lienzos y pilares, sin más ayuda que dos carpinteros y cuatro peones.

Geometrizadas las medidas y plomadas de los pilares fundamentales y de sus sobrepuestos, se vió que teniendo estos 10 piés de tizon y plantando sólo tres sobre los primeros, quedaban siete voladizos con un desplomo de más de dos líneas por pié, al paso que obligaban á los fundamentales en sentido contrario, y no obstante del contraresto oblícuo de las paredes de la nave mayor y crucera que marca-

ban ocho líneas de desplomo por cada cinco piés; si á esto se añade que dichos fundamentales se hallaban con los sillares partidos y grietados en sentido vertical, se comprenderá la premiosa necesidad que había de desmontar los sobrepuestos pilares sin la menor dilacion. Esta determinacion, si bien necesaria, no podía llevarse á cabo sin comunicar al Ministerio las razones y obtener su vénia, ni sin manifestar al Cabildo de un modo palpable el absurdo consentido 125 años seguidos. Para que se comprendiera palpable el asunto, se circunscribió un cuadrado en derredor de la planta fundamental, se armó otro de listones á plomo del mismo y á la altura de la ventana inmediata, con el fin de salvar por ella los gruesos de pared, alzando otra plomada hasta el tejado ó planta superior en que se armó otro cuadrado de listones, lo cual dió á conocer la verdadera posicion en que se hallaban colocados los malhadados pilarotes. Alguno de los señores canónigos y capitulares tuvieron el gusto de ver la operacion y oir la explicacion práctica del hecho, y comenzando desde la planta inferior, siguieron haciéndose cargo del retranqueo, y luégo más arriba de la nueva retirada á la primera posicion de la planta. Entónces vieron que de los seis piés de lado en cuadro que tenía el pilar fundamental, dejaba

tres libres para el ambulacro que circuye la cornisa, y los otros tres restantes para el asiento de los antedichos pilarotes que dejaban al aire los otros siete piés de tizon; y sorprendidos de un hecho tan evidente, quedaron convencidos y dispuestos á defender la demolicion ante aquellos que se condolían de ella. Al paso que se hacían estas observaciones, el señor penitenciario (hoy Ilmo. Obispo de Guadix) hizo ver una grieta reciente en el cuerpo de la cúpula, que tres dias ántes no existía.

Con la demostracion de estos hechos no se hizo esperar la contestacion del Gobierno dejando á cargo de la Direccion el desmonte de los pilarotes, sin perjuicio de haber de dar cuenta á la Real Academia en su dia de las razones convincentes que á esto obligaban; y dando desde luégo principio á la operacion, se fueron rebajando por turno diagonalmente para conservar el equilibrio. La decision con que se había emprendido este trabajo dió lugar á los más siniestros vaticinios y absurdas críticas, hasta llegar á atribuir al autor de la catedral la ereccion de aquellos pilares, cuya falsa implantacion no se conoció, que por lo churrigueresca distaba quinientos diez años del carácter puro y original del templo. Este dato vino despues á comprobarse cuando al alzar uno de los sillares se halló

una moneda de plata romana del valor de dos reales, acuñada en el pontificado de Inocencio XI, que tuvo principio en 1676, en cuya época murió Bernini, que fué el primero que descarriló de la senda del criterio y del buen gusto, dejando á Borromini como sucesor y fundador de tan singular escuela, á que perteneció D. José Churriguera, que la aclimató y fomentó en nuestro suelo, coincidiendo precisamente por los años 1710, en que se construyeron los tales pilares.

A pesar de la apasionada crítica y de las siniestras predicciones, que llegaron hasta infundir el terror en algunos obreros, el desmonte, que por cierto era bien penoso y arriesgado, se procedía sin la menor avería. Sucedió al principio que en una tarde de viento huracanoso se bamboleaban de tal modo los pilares que atemorizaba verlos; así es que los dos únicos operarios que entónces había sobre uno de ellos se sintieron acometidos de tal temblor de piernas y vahidos que hubieron de suspender su maniobra. Descargados los pilares de un peso de 32.886 arrobas, y colocadas las veneras en las principales grietas, permanecieron éstas veinte meses sin el menor movimiento; prueba evidente que los tales pilarones habían contribuido en gran parte á la ruina de la catedral.

Conjurado así el inminente peligro que hubiera podido con el general desplome causar numerosas desgracias y daños en toda la fábrica imposibles de calcular, el arquitecto-director, despues del más detenido estudio acerca del estilo primordial de tan grandioso templo, de los defectos de su construccion y de la profanacion que se había hecho del arte con las heterogéneas adiciones hechas en los siglos posteriores, convencido de que sólo había dos medios para salvar aquel edificio para lo sucesivo, ya manteniendo el monumento con todos sus defectos de construccion, ya restaurándolo completamente segun el genio y pureza del arte que había precedido en su concepcion y que caracterizó tan gloriosamente aquella época cristiana, llenó su dificilísima tarea presentando al Gobierno de S. M., en 22 de Diciembre de 1860, dos proyectos, uno de restauracion, reducido á derribar y construir de nuevo toda la parte movida y desquiciada con la supresion de todas las adiciones viciosas é impropias de su carácter original, y el otro el atirantado de barrones de hierro atravesando vanos y naves y perforando paredes y pilares para dar á la obra la trabazon necesaria é impedir los sucesivos desplomes.

Trasmitidos estos estudios á la Real Academia

por el Gobierno, emitió en 26 de Junio de 1861 el informe siguiente:

«La Academia, que ha examinado con el mayor detenimiento estos trabajos, se cree en el deber de tributar un merecido elogio á la laboriosidad y celo del Sr. Laviña, ya ántes de ahora acreditados y ventajosamente comprobados en esta ocasion. El importantísimo problema cuya resolucion le ha encomendado el Gobierno de S. M. está estudiado con esmero singular, y en sentido de la Academia con inteligencia y acierto, salvo los puntos que se permitirá hacer observaciones. Es indudable que la mayor parte de las obras agregadas á la principal ó primitiva desde mediados del siglo XV en adelante, no solamente han producido el daño de desfigurar y afear tan bello edificio con impropios y anacrónicos borrones, sino que han influido fatal y notablemente contra su solidez y seguridad con su desmesurado peso, con su excesiva elevacion, y quizá más que nada con su forma aplanada, que con poco volúmen presenta una enorme superficie á los embates de los vientos; pero de los datos reunidos por el Sr. Laviña en su Memoria y planos que la acompaña se deduce con toda claridad, que de todas las adiciones hechas á la obra primitiva, las que mayores daños han ocasionado han sido el fronton ó tím-

pano de la fachada Sur y los cuatro pilastrones elevados casi sin apoyo sobre las pechinas, produciendo sobre los machones fundamentales del crucero un terrible empuje lateral ú oblicuo hácia lo exterior, que si bien han podido los machones del Norte por tener más y mejores contrarestos que los del Sur, han hecho resentirse á estos últimos hasta el punto verdaderamente alarmante que se observa. Esta opinion se comprueba perfectamente al recordar: 1.°, que dichos pilastrones cuando se desmontaron estaban desplomados hácia el centro del crucero, al paso que los machones fundamentales lo están hácia lo exterior; 2.°, que el movimiento de las fábricas ha cesado completamente desde que aquellos se desmontaron; y 3.°, que recientemente y despues de verificado el desmonte, se ha descubierto en el archivo de la catedral un dictámen facultativo dado en 1734 por tres arquitectos que la reconocieron por órden del Consejo de Castilla, los cuales propusieron como primera condicion para la restauracion del edificio la demolicion de los referidos pilares, juntamente con la cerca ó recinto de la cúpula. Si ya entónces,—exclama en su Memoria el Sr. Laviña,—aquellos entendidos arquitectos señalaron estas construcciones como causa principal de la ruina de este pre-

cioso edificio, ¿cuánto daño no habrán causado en el trascurso de ciento veintiseis años? La misma conviccion abriga la Academia en esta parte, y por lo mismo no puede ménos de aprobar como oportuna y necesaria la demolicion de aquellos elevados cuerpos de construccion. Conforme está tambien la Academia con el Sr. Laviña en cuanto á los medios de restauracion que propone; y sin pararse á demostrar las inmensas ventajas del primero sobre el segundo, pues el sistema de embarronado, aunque bien entendido, nunca sería una restauracion propiamente dicha y sí sólo un recurso para prolongar por unos cuantos años más la existencia de un edificio herido de muerte, cree con este entendido arquitecto que es necesario desmontar con todas las precauciones y esmero que el arte y la experiencia aconsejan los diferentes machones, arcos y bóvedas que él mismo designa en su Memoria, y volverlos á construir con todo esmero, aprovechando el mayor número de piezas que sea posible y reponiendo las que resulten inutilizadas, siempre bajo los mismos perfiles, plantillas y carácter que resulta de su atento y minucioso exámen: cree más la Academia, y no titubea en decirlo, cree que una vez puesta la confianza en un artista para dirigir una restauracion tan importante y delicada como esta, donde

arrostra compromisos gravísimos que no están compensados con el provecho material que puede reportarle, ni áun con la gloria que un éxito brillante pueda proporcionarle, puesto que arriesga su reputacion toda si se le ocurriese un lance desagradable; la confianza debe ser completa y debe revestírsele de todo el prestiglo necesario, y de facultades ámplias para hacer frente segun su leal saber y entender á todas las eventualidades y accidentes imposibles de prever que puedan ocurrir en el curso de sus operaciones.»

El Gobierno de S. M., de acuerdo con la Real Academia, como no podía ménos por exigirlo así la honra y gloria nacional, ordenó en 26 de Julio de 1861 proceder inmediatamente á la ejecucion del proyecto de restauracion, consignando fondos, prescribiendo la remisicn de reseñas trimestrales del estado de las obras y sus gastos, y declarando ser exclusiva del ministerio de Gracia y Justicia la direccion de dicha obra.

Durante este período de observacion y tramitacion, se dió principio al acarreo de maderas y al levantamiento del andamiaje, de modo que, al recibirse la definitiva aprobacion de los planos, se hallaban ya establecidas las 20 candelas duples y triples de madera labrada (y sin un golpe de martillo

por temor á la repercusion y sacudimiento de las paredes), quedando apoyados y cimbrados los arcos torales, de los cuales se habían contracurvado el correspondiente al coro y el fronton del presbiterio. Se formaron luégo dos plataformas, una á la altura del arranque de los arcos torales, y otra al nivel de la cornisa de la media naranja, alzándose sobre esta segunda otros dos andamios, uno sobre otro hasta llegar al ojo de la misma. El desmonte de la cúpula se hizo sin cimbras ni apoyo alguno (á pesar de que las primeras filas de dovelas tenían fuera de asiento el centro de gravedad), porque tal sistema, que es el usual, resulta siempre dispendioso y largo, y así se pensó en fijar el sillar que había de ser el primero á desmontarse; se apalancaron con maderos sus tres inmediatos de cada lado con amarras á las vigas y pares del tejado dándoles garrote; y en este estado, dando á las juntas un corte de serrucho, quedó aquel adherido únicamente por su lecho, que con palanquetas fué muy fácil retranquear, y luégo asegurar para hacerle ascender, y luégo descender por medio de una cábria movediza sobre su base, que balanceando de uno y otro lado por medio de tirantillas alzaba el sillar y llevaba luégo sobre el punto de descenso para bajar seguidamente al pavimento del templo.

Antes de soltar el amarre de la dovela inmediata, se sujetaba del mismo modo la cuarta siguiente, y entónces se desprendía fácilmente la segunda, teniendo cuidado con las palanquetas de no dejarla correr por el plano inclinado; así se procedió hasta la cuarta hilada, no amarrando luégo más que una dovela, y ninguna al llegar á la sétima, de modo que en doce dias, no sólo se apearon las once hiladas que contaba el total de la media naranja, sino tambien su revestimiento, la cerca de sillarejos que la cubría y las ocho sibilas de estuco, cuyo peso no bajaba de 25 á 30 arrobas una con otra. Una avería, que afortunadamente no tuvo más resultado que el susto consiguiente, fué la de que al desprender una dovela y girar la cábria para descender aquella, empujó y llevó consigo á uno de los operarios que tuvo la serenidad suficiente para mantenerse colgado sobre aquel precipicio hasta descender á la primera plataforma, en que fué socorrido sin la menor lesion. Despejado todo aquel espacio, se dispuso cubrirle con un tinglado apoyado en las candelas, para que, cubierto de teja, defendiera de las aguas la parte central del crucero, y desde luégo se pasó á la ejecucion de un andamio de tres cuerpos, cuya total altura es poco más de 50 piés, para efectuar el desmonte del Romanato, Atico y Torre-

tas en los dias serenos, dejando para los lluviosos el desmonte de la cornisa y sobrearcos de la media naranja, á todo lo cual fué dándose cumplido efecto; de suerte que desde el dia 26 de Julio al 23 de Noviembre, ó sea en setenta y dos dias de trabajo, quedó desmontada la cúpula, su anillo y todo el frontis con el trasporte de todos los escombros, piedras y maderas, y repuesto el tejado en el mejor modo posible. Con esto quedó la catedral aliviada en su crucero de 79.096 $^1/_2$ arrobas, y su fachada de otras 25.270 $^1/_2$; carga que ha sufrido tantísimos años contra toda la intencion de maese Enrique, y sin que los mudos lamentos de sus encorvados pilares y sus prolongadas grietas hayan llamado la atencion de aquellos que únicamente admiraban su extremada esbeltez. En tanto que se venía practicando esto, se promovió otra instancia para la corta de 400 pinos; y obtenida la favorable decision, se cortaron y comenzó el escuadrado y acarreo, miéntras lo consintió el tiempo, habiéndose desde luégo recibido unas 30 vigas, quedando las restantes para la sucesiva primavera.

Nada podía hacerse durante el invierno y ménos no habiendo materiales preparados; pero el 20 de Marzo de 1862 se comenzó, con las maderas que ya había, el apeo de los dos arcos menores del brazo

Sur, fronterizos uno á otro y contiguos á los respectivos pilares fundamentales, prosiguiendo luégo el acodalado doble de los vanos de los tres arcos torales, esto es, el del coro con tres órdenes á distintas alturas, y los otros dos del presbiterio y brazo Sur, con uno cada uno á la altura de las impostas poco más, de los arcos laterales. Miéntras se aguardaba el resto de las maderas, se fueron labrando algunas para la formacion de los andamios del brazo Sur, haciendo al propio tiempo varias parihuelas, astilado de palas, picos y demas herramientas, carretillas para el trasporte de escombros, cuezas para el descenso de los mismos y dos carritos de palanca y arrastre, que, al paso que enganchan un sillar y lo alzan, sirve para conducirle en todas direcciones. Tambien se sacó una copia de cada una de las vidrieras de las seis ventanas que había que desmontar, valiéndose de una escala mitad del natural para que así fuera más fácil su desarme en la restauracion, engrudándoles luégo con papel recio, á fin de asegurar sus piezas y facilitar su desmonte, dejándolas seguidamente almacenadas hasta la ocasion oportuna.

Se cerraron á piedra y lodo las avenidas y recinto que ocupaban los obreros y en que había de operarse y disponerse todos los demas pertrechos,

como poleas dobles, maromas y demas utensilios; se dió lugar á que fuese llegando la madera y que, preparada, se diese principio al andamio en 19 de Mayo, llegando con las candelas dobles y siete órdenes de alzadas á la bóveda en 25 de Junio, dia en que se comenzó á demostrar el tejado, bajando tejas, tablas y pares á tierra; el 28, á las nueve, se agujereó la primera bóveda en derredor de la clave, y como más tarde se notase en los riñones de la bóveda algun indicio de peraltarse, fué preciso amarrar y dar garrote á la clave contra una puente que, á manera de hilera sentada sobre las candelas de la fila central, se prestaba á ello, y con esto se contuvo, permitiendo el descargo de todo su peso. Así se mantuvo hasta el dia siguiente, en que los cuatro aristones quedaron enteramente exentos: se dispuso, pues, su apeo sin más artificio que una decidida voluntad de los operarios, persuadidos del buen resultado. No había, pues, recelo de que la clave se moviese, y puestos escalonados los más esforzados de aquellos, miéntras los demas se hallaban dispuestos á su ayuda y sometiendo el hombro bajo cada dovela, atendían en tal postura el momento en que, alzada la contigua á la clave, sintieron todos á manera de chispa eléctrica el respectivo peso que, por de pronto, dejaron á su pié para

acudir al lado opuesto para verificar igual operacion. Así se desmontaron los dos primeros aristones, y de igual modo se consiguió hacerlo con los otros dos, quedando la clave para lo último; se desembarazaron los andamios aligerándolos de aquel peso que bajó al fondo de la iglesia; y todas estas operaciones, que parecían tan azarosas y complicadas, se ejecutaron en poco más de dos horas. La bóveda contigua del mismo brazo ofrecía ménos dificultad por estar ménos resentida, y ya con la experiencia se procedía en todo con más confianza y seguridad; sin embargo, al perforar la corona en derredor de la clave, se halló ésta en cuatro gajos, y por primera precaucion hubo que sujetar bien con alambres estas partes y luégo se amarró al puente como la anterior; de suerte que, derribada que fué la bóveda, desembarazados los andamios y procediendo en todo con el mismo sistema, al medio dia del cuarto en que se emprendió esta segunda operacion, se hallaba terminada por completo, y todos los restos en sus respectivos depósitos.

Se emprendió el apeo de los tirantes de 41 piés de largo, uno de grueso y media vara de tabla, y á continuacion se formaron andamios voladizos de uno y otro costado del crucero para el desmonte de los arbotantes que contrastaban con los arcos inte-

riores del mismo, y unos y otros fueron desmontándose sin percance alguno. Desembarazados de las más azarosas operaciones y del desmonte de los arcos torales, se rebajaron las paredes al paso que se armaban tambien los grandes apeos para contrarestar los empujes de la bóveda y el acodalado de la grande abertura que resalta en la parte central del costado Sur, por la desaparicion del arco toral de este lado y de las dos ventanas inmediatas en la extension de 83 piés, operaciones todas de mucho interes y del mayor cuidado. Se apearon de un extremo los dos tirantes primeros del presbiterio y del coro, y además el primero del otro brazo Norte, cuyos extremos se hallan gastados por las aguas, atravesando para ello unas vigas sostenidas de una punta por buenos abarcones de hierro, afianzados á los terceros tirantes y descansando por la otra sobre las triples candelas del crucero. A continuacion se extendió el tejado sobre el coro y presbiterio en el lugar que ocupaban sus ventanas, á fin de resguardar de las aguas y ventiscas estas partes, máxime la del coro para preservar mejor su magnífica sillería. Se apuntalaron tambien los arcos del coro y presbiterio que, con la caida de sus bóvedas, quedaban desamparados y sin contraste. Las operaciones del desmonte proseguían con la mayor activi-

dad en toda la extension por igual, bajando los entablonados en proporcion y desembarazando al propio tiempo el suelo firme, conduciendo así los sillares como los escombros á sus depósitos respectivos. Entre tanto, ya se hacía en el monte el escuadrado de las vigas: estas iban llegando y clasificándose por su largura de cinco en cinco piés y depositándose en el claustro.

Los dos pilares fundamentales del brazo Sur, que, como se dijo, estaban hendidos de arriba abajo, se fueron desmontando y reconociéndose cada vez más la necesidad de esta resolucion. El P. Lobera, en sus *Grandezas de Leon*, hablando de la construccion de esta Catedral, asegura muy formalmente que los pilares fundamentales se componen de tres sillares en cada hilada *sin tripas de ripio ni mampostería*, y ahora se ha visto que ninguna hilada tiene ménos de cuatro, y que más generalmente son de cinco y áun de seis sillares, que forman el paramento de su perímetro y que en el centro dejan un espacio, el cual está relleno de fracmentos informes y de mala piedra de rio, construccion que podrá compararse á un pozo rellenado, y si á esto se añade el excesivo mortero que tiene cada hilada de dos dedos de espesor, se comprenderá el por qué de la curvatura de tales pilares que tanto admiraba el

vulgo, creyéndola como una fantasía del arquitecto constructor.

Desapareció tambien el roseton de luces, llegando con el desmonte al piso del triforio, apareciendo entónces las otras causas ocultas que motivaron las antiguas reparaciones. Se vieron dos hendiduras verticales, muy prolongadas, profundas y con dos pulgadas y media de separacion en la fábrica primitiva, que en aquella época dió orígen á la adicion de tres arcos pegadizos á la antigua fachada, pero que endosados sin adarajas, gatillos de enlace ni la más mínima trabazon, no llegaron á unir; si bien pudieron contener algun tanto el empuje, hasta que sobrecargadas sus enjutas con los pilares que flanqueaban el roseton desde 1849, acabaron por desviarse hácia fuera, resultando aquellas grietas horizontales, que, como se dijo ántes, aparecieron instantáneamente en 1859, y que tanto y tan justamente alarmaron al Ilmo. Cabildo y á los inspectores. Dichas hendiduras quedaron de manifiesto algunos dias con el objeto de que el público comprendiese la necesidad de proseguir el desmonte hasta la raíz. Se descubrió la parte exterior del triforio que de largo tiempo ocultaba la forma primitiva de la fachada, que es igual á la del lado opuesto, oculta ahora con el tejado, la cual sirve de tipo para la

construccion de esta. Se hicieron las cimbras y apeo para desmontar los arcos de las portadas, la central y la del lado izquierdo, titulada de la Muerte, operacion que se hizo momentáneamente, ocupándose luégo en el desmonte de las ojivas entalladas é historiadas y seguidamente del tímpano de la central, que bien merecía todo el cuidado y precauciones para su más perfecta conservacion, lo cual se consiguió satisfactoriamente, depositando en el presbiterio todas las piezas por su órden, las cuales quedaron contraseñadas para su nueva colocacion. Se derribó la primera bóveda baja que se apoyaba en la fachada, porque, rebajada esta, quedaba sin apoyo, y siguió el derribo en general. Fué tambien preciso apear el primer arco del crucero que apoyaba en la misma fachada, haciéndolo con la precaucion necesaria para que el contiguo no sufriese la más mínima alteracion. Se apeó igualmente el pilar angular que más tarde había de rehacerse, para que entre tanto mantuviese los empujes de los dos contiguos, y se apearon las cinco estatuas que habia en la portada de la Muerte y otra en el pilar divisorio de la central, y se levantaron dos paredes para interceptar el paso y utilizar toda la parte del ábside, con el objeto de que en ella prosiguiese el culto.

No cabe duda que las innovaciones que se habían

hecho en este monumento fueron agravando los débiles sustentáculos de la primitiva construccion, añadiéndola sin consideracion más y más peso, de que resultó el desquicio de toda la catedral; y tanto perjudicó su estabibilidad, siendo así que era un edificio tan perfectamente combinado, que, como prodigio del arte, nada le sobraba ni le faltaba nada. Ojalá hubieran sido mejor escogidos sus materiales y la mano de obra más esmerada; pues era imposible que el autor de tan armónicas proporciones hubiese cargado el pilar intermedio á las dos ventanas de la rinconada entrante al Sudoeste (que sólo tiene 18 piés 74 centímetros de base, y que se halla perforado con un pasillo de 18 piés de ancho), con otro machon de 71 piés 43 centímetros de base, con más de 50 de altura. Así no es de extrañar que por todas partes llegase á manifestar simultáneamente su debilidad.

Llegado el año 1863, se continuó la tarea en 31 de Marzo por la ereccion de un andamio de 130 piés de elevacion para desmontar el sobredicho pilar de estribacion, cuya inclinacion y extremada debilidad de su base aconsejaba no tocarle, sino hacerlo aisladamente, para que no recibiese empuje alguno, pues podia recelarse su ruina; así que fué precisa toda precaucion y miramiento hasta poder hacer un buen

rebaje en él. Entre tanto, D. Ricardo Velazquez, delineante trazador, y D. Antonio Peña, escultor adornista, comenzaron á ocuparse en sus respectivas tareas.

Se tenía anunciada para el 13 de Abril una subasta para la extraccion de sillares; y no presentándose ninguna proposicion admisible, despues del tanteo de muchas canteras, apareció la del Boñar preferible, y se hizo con su explotador, D. José Gonzalez Baro, un ajuste á razon de tres reales y medio por saca y desbaste de cada pié hasta el volúmen de 20 piés cúbicos, y cinco y medio reales por el arrastre, miéntras no mejorasen las condiciones de la vía de conduccion.

Completado el andamiaje, se dió principio al desmonte del delicado pilon en 20 de Abril con toda la precaucion imaginable, hasta superada la mayor dificultad; pudo tambien darse principio en 11 de Mayo al resto del desmonte de la fachada hasta enrasar con el suelo exterior del átrio, y cosa de cuatro piés más profundo en el sitio que había de ocupar el primer machon, que, por ser el más averiado, y formar esquina y ser el más débil en sus cimientos por la malísima calidad de su piedra, fué preciso rebajar, como se ha dicho, dándole el ensanche conveniente para las tres hiladas de sillares, sentados á

hueso con mortero hidráulico y con todas las precauciones necesarias. Se procedió seguidamente á la rectificacion y exacta distribucion de los machones, su regularizacion en proyectura y en anchos, de que carecía, y en 16 de Junio se colocó el primer sillar de nueva restauracion.

Una vez rectificada y regularizada la posicion de los pilares de estribacion de las nuevas portadas, se han ido labrando con la mayor exactitud los sillares, máxime en sus asientos y retundiendo los sobrelechos de cada hilada en rectificacion de sus niveles; se han ido colocando, bañando ántes los lechos y contralechos y tendiendo su mortero finísimo de las mejores condiciones. La direccion ha seguido en esto, como en todo, los verdaderos preceptos del arte, muy opuestos en esta parte al sistema rutinario que exige un tendel grueso, empleado desgraciadamente en esta catedral, que muy comunmente llega á 40 milímetros de espesor, dando por única razon de que, sentando las piedras casi á hueso, se rompen al recibir las cargas por la dificultad que siempre ocurre al labrar los lechos; pero este temor queda desvanecido sin género de duda cuando los operarios cumplen con su deber, dejando el asiento perfectamente plano, y despues de colocada cada hilada se retunde é iguala su nivel. Si nos dieron

aquel ejemplo algunos de los antiguos maestros, dando mucho tendel á sus edificaciones para que el mortero intermedio á las hiladas de cantería sirviese de almohada, rectificando los defectos de la labor, ¿cuáles son los resultados que tocamos en los siglos posteriores? Por esto la direccion ha procurado que tales defectos no se hallasen en la obra de restauracion. En la obra de la catedral ejecutada con tanta incuria se han encontrado muchas desigualdades y bancos ó resaltos en las hiladas de más de un dedo, y hasta un rodillo, como queda dicho, de 50 milímetros de diámetro, dejado debajo de un abultado sillar, para prueba del abandono que allí presidía. Y ¿cuál fué el resultado del mucho tendel en todos los pilares de la catedral? Una curvatura extraordinaria, que á buen seguro no tendrían si los asientos y los tendeles se hubiesen hecho segun los ejemplos de las más antiguas construcciones. La del anfiteatro Flavio, que se edificó á 72 años de la Era Cristiana, esto es, mucho más ántes que la más antigua catedral del universo, se sentaron sus sillares en seco, sin mortero, sin betun ni cosa tal, no sólo en sus hiladas horizontales, sino tambien en las inclinadas, como son las dovelas de los arcos; y este modelo de construccion, que sirvió de cantera para la extraccion de silllares empleados en los palacios

de Venecia, Barberini, cancillería Farnese y puerto de Ripeta, en la pequeña parte que se conserva es el asombro de los siglos y la admiracion de los inteligentes, por su estabilidad, aplomo y asiento horizontal. El arco de Tito, que se hizo contemporáneamente, y es obra perfecta bajo todos conceptos que se la examine, se halla tambien sin mortero alguno; el acueducto de Gard, el de Tarragona y el de Segovia, obras que cuentan diez y ocho siglos la que ménos, subsisten aún, á pesar del descuido en que se tienen, y tampoco se ha empleado en ellas mortero ni betun alguno, de donde se deduce que no es el mortero el que constituye la solidez de una fábrica, sino el buen asiento de sus sillares, como patentemente lo están probando esas y otras sorprendentes construcciones.

Una de las más delicadas atenciones de la direccion era la eleccion y acopio de materiales, habiendo escogido las maderas de los bosques de Lillo, que resultaron á 5 rs. 67 céntimos el pié cúbico, las cales á 7 rs. 89 céntimos la carga, y muy económico el yeso espejuelo necesario para moldes y para los modelos de reproduccion en piedra.

Se terminó el doble apeo en estribacion de la pared del coro á toda su altura de 130 piés, y se completó el primer giro de la escalera de la Muerte.

Se fundió el plomo que se extrajo del cupulin, del cual salieron 399 arrobas 18 libras, distribuidas en 413 galápagos, con otros 112 del plomo sacado de pernos y grapas antiguas mucho más chiquitos, pero de muy buena calidad, que en junto pesaron 23 arrobas. Se hizo un buen cabestrante de hierro fundido, y se montó sobre una plataforma giratoria para trasportarle donde convenga; tambien se estrenó en la misma temporada una maroma de 330 piés.

Al terminar la campaña del 63 quedaban cinco hiladas en general sobre el zócalo de mármol, esto es, unos 11 piés de altura sobre el pavimento del atrio; pero la suspension invernal no fué tan absoluta que no quedasen unos 20 canteros de los más capaces, así como los escultores; aquellos para el adelanto de algunos sillares urgentes, y éstos para la escultura de ménsulas, capiteles y doseletes. Las primeras y los capiteles no podían ménos de labrarse por completo ántes de ser colocados; mas estas últimas lo fueron únicamente por el hueco interior, que había de ser sumamente difícil despues de colocadas y expuestas á romperse, dejando lo exterior desbastado. Así pudieron colocarse en 1864 16 capiteles, historiados unos y de hojas variadas los demas, todos ellos originales y característicos, y además se colocaron los 12 doseletes. Los anti-

guos dinteles de ambas puertas, gastados ya, anteriormente retocados y colocados ahora por tercera vez, quedaban holgados, y por conservarlos se colocaron de modo que jamás han estado más seguros, porque se les hizo una canal en sus juntas, por la cual se introdujo una llanta de hierro, y luego tapadas exteriormente con planchas de barro, se colocó en dichas puntas plomo derretido, de suerte que se ajustaron perfectamente, y ya esta colocacion de los dinteles proporcionó el paso de uno á otro pilar.

Embasados todos ellos, se emprendió el asiento del gran tímpano historiado de la puerta principal, que tambien había sufrido innovaciones, y fué preciso hacer tambien sus canales en las juntas, colocar llantas de hierro en sus huecos y cerrarlos con buen mortero hidráulico, de modo que no es posible distinguir las uniones. A la vez se fué colocando el primer órden de dovelas efigiadas, resultando las de un lado más cortas y las del otro mayores, por efecto de los retoques que ya habían sufrido; por esta causa fué preciso perder algun tiempo para suplir el defecto de las unas y retocar las otras, lo cual se hizo del mejor modo posible, sucediendo lo propio en todos los demas órdenes de dovelas de esta portada, que se engatillaron y trabaron con otras lisas del interior.

En la union de la parte nueva con la vieja, que nunca ofrecía superficie plana, y en muchos rincones de mal ajuste con las piezas antiguas, se ha usado mortero hidráulico, haciéndole penetrar por todo, unas veces puro, cuando daba treguas, otras mezclado con más ó ménos mortero fino, y otras con chinarritos cribados y bien remojados, y tal vez con chinas de piedra dura, que llenando todos los vacíos forman una masa unida y compacta, resultando un hormigon parecido á un jaspe durísimo. Con este mismo material, usándole con soltura y sin remasarle á manera de estuco, se han remendado capiteles que endurecen en tal grado, que alzado al aire por el extremo pegado y seco se mantiene firme áun pesando 4 arrobas.

En el castillejo de la fachada se alzó otra andamiada en toda su extension para el tiro de las poleas, y se hizo otro apuntalado contra el primer machon del costado Sur, construido oportunamente y con el mejor acierto. Otras varias operaciones de carpintería se hicieron, como plantillas, repasado de reglas, escuadras, andamios provisionales, etc. La altura llegó á 22 piés, aunque respecto á la portada principal es mayor por la culminacion de las dovelas. Bajo cada lucera de la escalera de la Muerte, se colocó un buen cerchon de hierro embetuna-

do para que abarcase las piezas que á manera de dovelas componen cada hilada.

Llegado Marzo de 1865, se desarrolló de nuevo el trabajo; se acabaron de sentar las dovelas de emparrado y las de hojas de yedra, con lo que adquirieron las portadas mayor realce, pues en lugar de la parte lisa que en tiempos fué agregada y todavía se conserva pintada en la principal, se hicieron aquí unos ladrillos vaciados de cal hidráulica con relieve de hojas enlazadas conforme al tipo original, los cuales hacen bonitísimo efecto, dudándose si son ó no de piedra hasta por los más prácticos. La tercer portada se revistió de piedra en toda la parte superior á su ojiva, que se hallaba de mampostería en rústico, y se restauró el adorno de las últimas dovelas con cal hidráulica, de modo que, siendo nueva, no se distingue de lo antiguo. Se embasaron las tres portadas con la colocacion de la cornisa, parte entallada y parte de perfil seguido, sentándose el enlosado seguidamente. Entre las ojivas de la primer portada y dicho enlosado se formó una bóveda sin más cimbra que una simple plantilla, la cual ofrece la particularidad de tener los ladrillos de que está hecha sentados por un sistema inverso al usual; esto es, colocados de frente al eje en derredor del mismo en forma de abanico por capas unas sobre

otras, con las juntas encontradas como otros tantos tabiques en contactos. Ya que en un principio no se inauguró esta obra de un modo oficial para recordar su época, se estampó en uno de los sillares interiores del recinto abovedado una breve inscripcion en forma lapidaria, por la cual se perpetuará la memoria del reinado del pontificado, el año y las circunstancias que motivaron la nueva obra costeada por el Gobierno de S. M. El hueco que forma este recinto es de nueve piés y medio de largo, siete de ancho y once de alto. Tambien se labraron los capitelitos para las ojivas de las ventanas y arranque de los arcos de la nave lateral, y para dichas ventanas se esculpieron tres cabezas que sirven de ménsula á otras tantas columnas que no llegan á el firme, como nunca llegaron, para no impedir el tránsito del pasillo. Debiendo demolerse el pilar angular y sus adjuntas ventanas por su malísimo estado y para sustituir estas tres cosas, se prepararon sillares de gran volúmen con objeto de acometer dicha operacion en la próxima campaña. Entre tanto se elevó la obra hasta la altura de 44 $^1/_2$ piés y con 59 peldaños en la escalera de la Muerte.

Al inaugurarse en Noviembre de 1863 el ferro-carril de Palencia á Leon, fueron visitadas estas obras por varios aficionados y curiosos turistas que, con

poca inteligencia del arte, se asombraron del aspecto que ofrecía este monumento y cometieron algunos la ligereza de alarmar al público con profecías de inminente y próxima ruina, dando lugar á una polémica que sostuvo muy digna y ventajosamente en el *Eco de Leon* el arquitecto D. Aquilino Rueda, director del Instituto provincial de dicha ciudad.

Llamó esto, como era natural, la atencion del Gobierno, que se apresuró á pedir informe á la Real Academia de Bellas Artes, y en vista de lo manifestado por tan ilustrada corporacion, se nombró una comision para que examinara el estado de las obras de restauracion, y al dar cuenta la Junta de gobierno de dicha Academia en su sesion inaugural de 1865 de sus trabajos, se expresa del modo siguiente: «Merece, sin duda, entre ellos el primer lugar un extenso y razonado informe dado por la Academia, sobre las importantísimas obras de restauracion que se están ejecutando en la catedral de Leon, bajo la direccion del arquitecto Académico de número D. Matías Laviña; habíase puesto en duda por muchas personas el acierto ú oportunidad con que se habían dispuesto y verificado desmontes de grandes trozos de aquel bellísimo templo, llegando hasta censurar duramente la inteligencia del modesto ar-

quitecto director, calificando de desacertadas sus disposiciones y los apeos, pronosticando la ruina completa del edificio y proponiendo como único medio de remediar tamaños males uno que afectaba profundamente al decoro de los arquitectos españoles. Semejantes apreciaciones llamaron justamente la atencion del Gobierno, que dispuso que la Academia, prévios los reconocimientos oculares y los demas medios de estudio que considerase necesarios, emitiese un dictámen científico y razonado, del cual resultase poner en claro los defectos ó errores que hubieran podido cometerse en la direccion de aquellas importantes obras, á fin de remediarlos y exigir severamente la responsabilidad á quien correspondiese. Pasó, en efecto, una comision compuesta de tres distinguidos académicos individuos de la seccion de Arquitectura, los señores Alvarez, Peyronet y Enriquez, los cuales, despues de minuciosos y detenidísimos reconocimientos, despues de un prolijo exámen del carácter y naturaleza de las obras de aquel insigne monumento, verificado el atento análisis del plan y pensamiento artístico y científico de su actual restaurador, tomando en cuenta todos los datos históricos que existen sobre las diversas vicisitudes y modificaciones que ha sufrido en diferentes épocas, y pesando

las razones en que el arquitecto ha fundado la combinacion de su plan, vinieron á deducir que no había el menor motivo para la alarma que se había tratado de promover, que no había en las disposiciones del laborioso é inteligente Sr. Laviña nada que no estuviese deducido de la observacion y del raciocinio, y proponiendo por lo mismo la aprobacion de su conducta y de su acertada direccion, sin que hubiese motivo para exigirle responsabilidad por supuestos errores que no había cometido.

»La Academia ha hecho suyo con el mayor aprecio el importantísimo informe de la ilustrada comision que examinó este delicado asunto, cuyos individuos, así como el Arquitecto-director Sr. Laviña, han probado en esta ocasion con cuánta razon y mérito se honran con el título de Académicos.»

Entre los no pocos extranjeros que expresamente se han dirigido á examinar este monumento y su sistema de restauracion, se cuentan el reverendo padre Pierrart, arquitecto arqueólogo; el director del Museo Británico J. C. Robinson, y últimamente el docto Excmo. Sr. Conde de Montalembert y el conservador del Museo de Cluny, todos los cuales, al admirar entusiastas esta joya artística, han dado muestras unánimes de aprobacion, añadiendo este último que «en Paris no se ejecutaría mejor,» con-

fesion altamente honrosa por lo mismo que ha sido espontánea en un extranjero.

En la campaña del 66 se adelantó poco por la escasez de fondos y por el mal tiempo. Se comenzó el apeo de los arcos que impostaban en el pilar angular, situado detras del costado izquierdo de la fachada Sur; se derribaron las bóvedas que sostenían dichos arcos, las dos grandes ventanas y el pilar angular que se hallaba hendido de arriba abajo por la demasiada carga posteriormente añadida. Seguidamente se armaron con piezas nuevas y con toda exactitud, y con una solidez superior á la que ántes pudieron tener, el pilar, las dos ventanas, tambien nuevas, con todos sus postes, ojivas, ojos lobulados que abarcan ambos haces interior y exterior, los arcos, los sobre-arcos, de grandes dovelas, de cinco piés de largas, ó sea tizon, que hacen haces dentro y fuera, las enjutas que enrasan con la cima de los arcos, la cornisa y las bóvedas. Se colocaron los aristones de las bóvedas con los rebajes que ántes no tenían para enlazar la muradura de ladrillo y mortero con que se hicieron, á diferencia de las derribadas, que eran de piedra tova ó esponjosa. La parte nueva de las bóvedas consiste en tabiques de cuatro gruesos con mortero fino mezclado con cemento de Zumaya, que forma un

clavo fuerte y activo sin necesidad de armazon de madera, hechas al aire como si fueran con yeso. Tambien se rehizo el arco grande primero del costado izquierdo de este brazo, con todo su molduraje, contra-arco y enjutas. Además de haber alzado el cuerpo angular de la escalera de la Muerte sobre la terraza poco más de ocho piés, con diez peldaños; se comenzaron las otras dos escaleras que incluyen los machones angulares que acompañan los flancos de la fachada hasta su conclusion, de los cuales el primero tiene trece piés de elevacion, con una vuelta completa de peldaños, y el otro algo ménos; pero en su intermedio está ya colocado el basamento del segundo cuerpo, los tres postes principales y las cuatro columnas que dividen en dos cada una de las ventanas, teniendo aquellas y los postes sus capiteles, unos sencillos y otros agrupados en tres, todos nuevos, como son las cinco cabezas simbólicas que dan pié á las hojas que se destacan de las ojivas molduradas, de suerte que este cuerpo ofrece ya el aspecto artístico análogo al que tiene la fachada oculta ahora en el testero opuesto. Esta parte ya fija del triforio, cuyo interior está principiado, aguarda la terminacion de algunas piezas de sus principales para su prosecucion.

En 2 de Enero del presente año quedaban en el interior del templo sobre 350 piezas labradas en columnas, basas, capiteles y postes, curvadas unas para las ojivas, y otras lisas de paramento, prontas á colocarse.

Tal es el estado de las obras de restauracion al comenzarse la campaña de 1867, siendo de lamentar la escasez de fondos, que no permite á esta Direccion dar á los trabajos todo el desarrollo necesario, como lo reclama la economía y el desamparo en que se hallan las antiguas paredes por la falta de la trabazon completa y del coronamiento y cubiertas que pongan á salvo todo el edificio.

Las obras que restan son el complemento del segundo cuerpo de los triforios, todo el tercer cuerpo de la fachada, las bóvedas y fronton, tejados, retundido de pavimento, las rejas, alambreras y las vidrieras (de colores) historiadas, cuyos dibujos se conservan para acabar de imprimir á este monumento todo el tipo religioso del arte gótico. El total gastado en los veintidos trimestres trascurridos asciende á 1.433.226 reales, y el total de los presupuestos aprobados ha sido el de 3.823.198 reales.

Leon, 24 de Mayo de 1867.

APÉNDICE.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA CATEDRAL DE LEON.

Entre los curiosos apuntes y manuscritos que conserva la familia de D. Matías Laviña, hay datos importantísimos de las torres, altar mayor, coro, trascoro, órgano y pinturas de la Catedral de Leon. Encierran además atinadas reflexiones y verdaderos juicios de todas estas obras de arte, cuya publicacion es de creer que ilustren más y más el conocimiento y concepto de la maravillosa Basílica. Véase, pues, á continuacion un extracto ordenado de los apuntes, en que se evidencia á grandes rasgos el criterio del académico y del arquitecto insigne.

LAS TORRES.

Parece merecer alguna preferencia la torre del reloj; pero esta opinion comun no está conforme con el crítico dictámen. La de las campanas, construida á la vez que la Catedral, fué restaurada en tiempo de los Reyes Católicos, sufriendo entónces algunas innovaciones; no obstante, es más conforme al carácter del edificio y de más razonable disposicion.

EL ALTAR MAYOR.

Es una máquina teatral propia del extravagante gusto de D. Narciso Thomé y Miró, autor del ponderado trasparente de la Catedral de Toledo, á la cual dió principio en Abril de 1738 su pariente don Simon Gabilan, quien asimismo ejecutó con igual churriguerismo el magnífico órgano, obras ambas vistosas y de mucho efecto, pero de un gusto muy estragado y opuesto al armónico órden ojival, puro y sencillo, del interior. Su coste en blanco fué presupuestado en 176.000 rs., y en 132.000 la pintura y

el dorado. El primitivo altar era gótico, rico en pinturas estofadas, entalles, cresterías y dorados, el cual, bajo la influencia de las estrambóticas ideas del último siglo, fué apeado con el frívolo pretexto de hallarse deslucido, quedando esparcidas apreciabilísimas tablas, perdidas en su mayor parte, de cuyo mérito puede formarse juicio por las existentes en la misma Catedral, colocadas una sobre la puerta principal de la fachada interior de Poniente y la otra en la capilla de Santa Teresa.

EL CORO.

El maestre Theodorito contrató en 1481 la construccion en madera de nogal de la sillería del coro, la cual fué colocada en el presbiterio conforme á la antigua liturgia, ocupando los dos primeros arcos de cada lado del mismo. Es de un mérito exquisito en su género por la pureza y gallardía de su estilo gótico, buen dibujo, naturalidad en las actitudes, ropajes y accesorios, rica y variada ornamentacion y esmerada pulcritud y finura de ejecucion; cualidades que hacen á esta obra superior á muchas sillerías esculpidas en la mejor época del Renacimiento. Tiene dos órdenes de asientos. El respaldo de cada

uno de estos tiene efigiado en medio cuerpo y bajo relieve una figura bíblica ó del Antiguo Testamento, y en los del superior de cuerpo entero. Los testeros, colgantes, pulseras, guardapolvos, doseletes y galerías tienen tal variedad de arabescos y enlaces, que constituyen una coleccion preciosa y digna de estudio.

EL TRASCORO.

La portada del coro es una obra arquitectónica lujosamente entallada, con profusion de menudos adornos y recuadros con altos relieves, ejecutados en alabastro, los cuales representan varios misterios de Nuestra Señora, no tan poco apreciables como parecen á primera vista por sus figuras y formas de abultada musculatura; pues aunque hay exageracion y tosca talla, el dibujo no carece de mérito. No así el de las demas figuritas esparcidas en los frisos, y otros accesorios. Es de un solo cuerpo hasta la imposta del arco, dividido en dos zonas, que se subdividen en ocho medallas, y que con otra colocada en el átrio, representan asuntos de la vida de la Virgen. Hállase este cuerpo situado sobre un zócalo sencillo y un basamento entrete-

nido con tarjetones y carátulas. Sobre la cornisa estriban dos cartelas; hay á los extremos dos estatuas semicolosales de San Pedro y San Pablo y otras dos más pequeñas de santos sobre las churriguerescas pulseras, terminando el átrio con un buen crucifijo aislado. Mirando al coro por su interior y detrás de la Asuncion, se halla representado de pontifical el santo patrono Froilan. En general, es un monumento de gran trabajo y paciencia, estilo del Renacimiento y género frances.

EL ÓRGANO.

Con igual fecha que el coro, convinieron los mismos cabildo y profesor en la ejecucion de un órgano. Quizás deba entenderse la caja ó custodia de este pneumático y antiquísimo instrumento apropiado al acompañamiento de los coros desde los primitivos tiempos; pero por bueno y armonioso que entónces fuera, no sería adaptable á la música del dia. Como de la misma mano que la sillería, no puede ménos de lamentarse la desaparicion de la caja, la cual es probable que estuviese á un lado del altar mayor; pues con referencia á otro ya existente, se llamaba el órgano grande. Las escalerillas

que conducían á estos y á las cantorías, son las mismas que existen á espaldas del actual coro, cuya traslacion fué aconsejada por el susodicho D. Narciso Thomé. El órgano que existía últimamente no fué tallado del todo por D. Simon Gabilan; pues don Alejandro Carnicero le ayudó en esta obra, ejecutando la Santa Cecilia y los ángeles, figuras todas de nueve piés de estatura. El instrumento, á juzgar por su volúmen y número de registros, debe ser muy completo; pero su colocacion no sólo perjudicaba á la solidez del templo, sino que producía mal efecto por la disparidad del género artístico de su caja. Cuando existía el primero y único órgano, ántes del que hizo Maestre Theodorito, se subía á él por una escalera practicada detras de aquel retablo, entrando por donde ahora se ve un Ecce-Homo, debiendo suponerse que para llegar á tanta altura habría otra parte supletoria fuera del ábside.

LA CUSTODIA.

Existía y sigue siendo celebradísima la custodia procesional, que por acuerdo del cabildo se sacó de la catedral el año 1810 con otras muchas alhajas de plata, embarcándose en Gijon para Cádiz. Parte de

esta custodia parece que estuvo en uso en el salon de las Córtes. Fué ejecutada en Leon por los años 1504 á 1510 por el aleman Enrique de Arph, muy entendido en su arte. Se componía de cinco cuerpos, ó sea de un basamento, tres cuerpos ó templetes y una pirámide por remate: el primero, enriquecido de bajos-relieves, molduras entalladas, alegorías y otros adornos, servía de base al más rico, principal y espacioso, en el que se hallaba el viril con su asiento balaustrado y su aureola radiante guarnecida de piedras preciosas; cuatro ángeles mancebos estaban incensando, y en lo exterior se veían los cuatro santos doctores de la Iglesia: el segundo cuerpo contenía á Jesus flagelado, y el tercero, al mismo Jesús crucificado.

La arquitectura de esta preciosa obra era la llamada mazonería, ó sea gótica ú ojival, del segundo período de este órden, profuso en pináculos, crestería y enlaces de hojarasca espinosa con que se distinguía del primitivo, más esbelto y sencillo. Es posible que al principio se llevara en hombros de sacerdotes; pero á consecuencia de las andas tambien de plata que para mayor ostentacion mandó hacer el cabildo en 1557 á Antonio Arph, hijo de Enrique, se hizo imposible de trasportar, pues pesaba ocho arrobas, por lo cual se construyó

un carro triunfal, todavía existente, que ejecutó un escultor flamenco, con buen dibujo dorado y estofado, que conducido por hombres ocultos bajo ricos brocados que además cubren las ruedas, es guiado por dos mecánicos dependientes del cabildo. Estas andas consistían en una plataforma moldurada, de cuyos extremos se alzaban cuatro columnas abalaustradas, segun la nueva usanza que se introducía entónces por el genio plateresco, que así vino á llamarse, trabadas con su correspondiente cornison rico de entalles y cinceladuras, como todo el resto, y á manera de baldaquí, cubierto su espacio con una cúpula y remates y con una porcion de campanillas. Con esta adicion se elevó hasta 10 piés la altura de esta preciosa custodia, costeada por la piedad de los fieles, que en conjunto se componía de 5.000 piezas.

PINTURAS DEL CLAUSTRO.

Entrando por la puerta de la Gomía, y siguiendo por la pared izquierda en todo el circuito, la

Primera pintura.

parece que es la Resurreccion del Señor. Se ve en el fondo una roca y una abertura, cuya puerta con

su herraje está por tierra. A la derecha del Salvador hay porcion de figuras desnudas, que pueden representar las almas de los Santos Padres, y á la izquierda se ven soldados con sus picas, llenos de espanto, tendidos y en otras actitudes.

II.

El Descendimiento de la Cruz. Bajan su cuerpo con escaleras y lienzos. Uno de los ladrones, el de la izquierda, ya no está en su cruz; el otro, atado por la cintura, tiene el cuerpo doblado, mostrando toda la espalda. A lo léjos se ve la ciudad y un grupo de tropa.

III.

La Crucifixion. Jesus tendido sobre la cruz, que se halla en tierra. Se distinguen los dos ladrones ya atados y alzados, un grupo de caballería, cuyo diminuto tamaño no corresponde al primer término en que se halla. Está bastante borrosa la pintura.

IV.

Camino del Calvario. Fatigado Jesus con el peso de la cruz, le ayuda el Centurion. Hay mucho acompañamiento de lanceros y muchas figuras, cuyos tonos apénas se distinguen. En este arco se halla un

sepulcro muy curioso, que dibujó el Sr. Parcerisa; á los lados de éste se pintaron muy posteriormente dos santos de tamaño algo mayor que el natural, siendo uno San Andrés y el otro San Bartolomé.

V.

No se distingue lo que representa este fresco por lo borrado y mutilado que se encuentra.

VI.

Parece una galería cubierta con tres arcos: en el del centro se halla Jesus acompañado de dos personas, y en los laterales hay tambien varias figuras.

VII.

No se distingue tampoco lo que representa. En una especie de friso que debió haber en todas estas pinturas se conservan estas palabras: *Tremunt gentes et populi*, concluyendo *inania*.

VIII.

(Ultimo de este lado.) La flagelacion. Es el mejor conservado.

IX.

Comienza este lado de pared que mira al Sur con la representacion del patio de la casa de Pilatos. Despojan á Jesus, miéntras que San Pedro es interrogado por la criada.

Debajo se halla la puerta que da ingreso á la capilla de San Nicolás, donde se hacen los funerales de los parroquianos de San Juan de Regla. El cuadro se conoce bien.

X.

El huerto de Jetsemaní. El abrazo de Judas.

XI.

Hay algun vestigio de haber sido pintado este luneto, debajo del cual se abrió la puerta para la capilla Robledo.

XII.

Se halla muy perdida esta pintura, que acaso sería el Lavatorio. Se ven muchas cabezas con aureolas; pero la parte inferior no se distingue. Tambien se ve una mujer con un jarro.

Debajo se halla la entrada á la escalera de la sala capitular.

XIII.

El Cenáculo. Bajo tres arcos se ve á los Apóstoles. Debajo hay un sepulcro.

XIV.

Parece la entrada triunfante en Jerusalen.

XV.

Otra vista de Jerusalen. Hay una borriquita, y el asunto es poco visible; pero en el friso se conserva algo del *ite in castellum*, etc.

Debajo está la entrada á la capilla de Santa Catalina.

XVI.

No existe pintura alguna. Debió quitarse al hacer el retablo de piedra que ocupa todo el arco, cuya escultura es muy bien entendida y acabada del género plateresco.

XVII.

Sigue otro lienzo de pared que mira á Poniente, y en su luneto ó primer arco contiguo al altar hay varias cabezas, una figura entera vaciando una va-

sija y dos medios cuerpos: el resto no se conoce; debajo hay una puerta.

XVIII.

Se ve más de la mitad del estuco caido. Parece la Vírgen teniendo al niño en su regazo. Debajo hay un sepulcro.

XIX.

Ha caido el estuco sin haber quedado más que un pequeño resto en lo más alto de una pintura de la época del Renacimiento, segun se comprende por unas hojas y frutas. Hay tambien unas armas de prelado. Debajo hay una puerta que da á la escalera y retretes de los beneficiados.

XX.

No existe nada ni áun del estuco. En el centro de este arco se colocó un resto de la ponderada cruz del fronton Sur.

XXI.

Se conserva gran parte de la pintura, pero muy deslucida, y parece representar la matanza de los Inocentes. Debajo hay un sepulcro, y junto á él la puerta de entrada á los retretes de los canónigos.

XXII.

No queda nada de estuco. Debajo hay un sepulcro.

XXIII.

Idem, id., id.

XXIV.

Tampoco queda nada. Debajo del arco hay un nicho y una mesa de altar. La escultura de la Vírgen es del Renacimiento, tallada en madera, sentada, y con el niño desnudo en su regazo.

XXV.

Muy poco se conserva el estuco de este luneto, en el que se distinguen dos bustos que parecen indicar la Anunciacion de Nuestra Señora. Debajo hay un sepulcro cobijado por un arco ojival esculturado, con la Vírgen y dos ángeles que interceden por el difunto, cuya efigie yacente es de sacerdote. En la urna, que se presenta de costado, se ven tres escudos de armas iguales.

XXVI.

Representa los Desposorios de San José. Debajo hay una reja que da al tránsito del altar de San Andrés.

XXVII.

Hay una ciudad murada y varias figuras cuyo significado no se comprende. Debajo hay un nicho cuadrado con tres efigies de alto relieve que representa la Vírgen y el niño, el cual echa mano á un presente que le hace un canónigo. La escultura parece de estilo griego; tiene los ojos de cristal y el ropaje pintado.

XXVIII.

Puerta y cancel que comunica con el tránsito entre las capillas de Santiago, San Andrés y Santa Teresa. Las archivoltas y toda la portada están efigiadas, y las primeras con sus adornos de hojarasca dorados. Los fustos de la puerta, dividida en dos hojas, son de nogal, y estas están repartidas en ocho recuadros y dos medios-puntos con una efigie en cada uno y porcion de entalles y adornos en sus cornisas, frisos y columnas abalaustradas, cuyo gusto es del siglo XVI.

XXIX.

Representa la venida del Espíritu Santo sobre el colegio Apostólico presidido por la Vírgen, todo bastante flojo en colorido. Debajo hay un sepulcro con la efigie del canónigo Pedro Lobo dentro de la ojiva, repartida en dos zonas: en el centro de la superior está el Salvador sentado; un ángel le inciensa y otro alumbra con un candelero en pié, y en el lado izquierdo hay otro en actitud suplicante. En la zona inferior la Vírgen sentada con el niño en su regazo; á su derecha están los Reyes Magos, y en la izquierda un obispo que reza en un libro que le presenta un sacerdote, acompañado de un acólito con la calderilla, otro con una empuñadura y un ángel.

XXX.

Se halla muy perdido. En lo alto se ve el borde ó límite de una túnica blanca, y á ambos lados dos ángeles mancebos que sostienen una cinta, cuya leyenda es ininteligible.

XXXI.

Lo poco que se distingue parece representar la aparicion de Jesus á los Apóstoles, entre los cuales Santo Tomás le pone los dedos en la llaga del cos-

tado. Debajo hay dos arcos: en el primero, que es ojival, está la Vírgen sentada con el niño y un sacerdote arrodillado que le ofrece un edificio; dos ángeles en lo alto coronan á la Vírgen; y en el lado opuesto al genuflexo sacerdote hay una santa platicando con un ángel. Al pié de esta imágen va el ayuntamiento el dia de la Asuncion á hacer una oferta en memoria del rescate de las cien doncellas, y los notarios de esta corporacion y del cabildo eclesiástico levantan acta. El otro arco parece bizantino y contiene un santo con una leyenda que ha desaparecido. A su lado hay dos capillitas, la primera con arco de herradura y la segunda de arco medio-punto, bajo el cual hay una santa con un libro.

XXXII.

La ojiva está blanqueada. Debajo de ella está la puerta de entrada al claustro, cuya portada es de arquitectura de gusto romano.

PINTURAS QUE SE VEN DETRAS DEL PRESBITERIO Y SACRISTÍA ENTRANDO POR EL LADO DEL EVANGELIO.

I.

Cuadro en lienzo, copia de la Transfiguracion de Rafael, llevado por Napoleon á Paris y recuperado por Pio VII á la caida del emperador. Tiene 7 piés y 3 pulgadas de alto, por 5 y 5 de ancho. Es una copia bastante exacta, aunque algo exageradas las musculaturas: está el cuadro muy bolseado, tiene mala luz y algunos retoques al parecer.

II.

Debajo del cuadro anterior hay un fresco del estilo del siglo XIV. En el centro hay un lienzo al óleo que representa el *Ecce-Homo*, y cubre un hueco de la puerta que conducía al órgano primitivo y cantoría. Tiene 6 piés 4 pulgadas de alto, por 3 y 7 de ancho.

III.

Cuadro en lienzo, copia del conocido por Nuestra Señora del Pez, pintado por Rafael de Urbino, cuyo original existe en el Real Museo de Madrid. Es una

copia muy mediana, que mide 6 piés y 5 pulgadas de alto, por 5 y 3 de ancho.

IV.

Debajo del anterior hay otra pintura al fresco que reprenta á Cristo difunto en brazos de su Madre, acompañada de las tres Marías y de San Juan, viéndose otros dos personajes en segundo término, que serán Nicudemus y José de Arimathea. Tambien es antiguo y acaso de la misma mano que su colateral. Tiene 9 piés y 4 pulgadas de alto, por 8 y 9 de ancho. En los costados hay dos recuadros: en el superior de la izquierda está efigiado el profeta Jeremías; en el inferior una bolsa colgada de un clavo; en el superior de la derecha el profeta Isaías, y en el inferior una toalla colgada de una cuerda.

V.

Hay cuatro tablas en una capilla. Dos representan la Magdalena en éxtasis y su hermana Marta. Están embutidas en las ojivas de la pared y lado del Evangelio, y son de 7 piés y 5 pulgadas de alto, por 4 y 3 de ancho, ambas del siglo XVI, bastante buenas. Las otras dos del lado de la Epístola son más antiguas todavía, pintadas sobre fondo dorado y con ropas estofadas, de escuela alemana y del si-

glo XIV. Una representa á San Cosme, con un interior columnado; la otra á San Damian, y se halla en país abierto, viéndose en lontananza una Catedral parecida á la de Leon junto á los muros y puerta de la ciudad, y próxima á un rio.

VI.

Antesacristía. A la izquierda, y demasiado alto, se halla una copia del famoso Juicio Final que pintó al fresco Miguel Angel en la capilla Sixtina. Esta copia, en lienzo y al óleo, tiene 7 piés y 10 pulgadas de alto y 6 piés de ancho; pero las figuras, que apenas tienen una cuarta, se hallan tan agrupadas y en tan extrañas actitudes, que resulta no poca confusion. Es, sin embargo, correcta y de buen colorido.

VII.

Cuadro en tela. San Sebastian, de medio cuerpo, copia, al parecer, de Dominiquino: 3 piés y 8 pulgadas de alto, por 2 y 11 de ancho.

VIII.

San Juan Evangelista escribiendo el Apocalípsis, con la aparicion de la Vírgen. Cuadro al óleo y en tela, copia, de 8 piés de altura, por 5 piés y 10 pul-

gadas de ancho. Está desclavado, lleno de polvo y muy sucio.

IX.

Cuadro en tela, de 2 piés y medio, casi cuadrado, que representa á la Vírgen.

X.

Sacristía. Pared de la izquierda. Cuadro al óleo, que representa á San Pedro, de tamaño natural. Tiene 8 piés y 3 pulgadas de alto, y 5 y 3 de ancho. Parece de la escuela Boloñesa. Como todos, mal cuidado.

XI.

En la misma pared hay dos cabezas de santas en otros tantos cuadros, de á 2 piés y 3 pulgadas de alto, por 1 y 9 de ancho.

XII.

Pared de frente á la entrada. Una Sacra Familia con San Juan, niño, de 3 piés y 7 pulgadas de alto, por 2 y 10 de ancho, en tabla; es una buena copia de Rafael, bastante gastada en fuerza de lavaduras.

XIII.

Cena del castillo de Hernaus. Cuadro en lienzo, de 7 piés y 7 pulgadas de alto, por 5 y 7 de ancho. Parece copia de Gherardo delle Notis.

XIV.

Pared del Patio. Otra buena copia en tabla de una Sacra Familia, de Rafael: 3 piés de alto, por 2 y 4 pulgadas de ancho.

XV.

Una hermosa cabeza, que parece un San Pablo, ó retrato de grandísimo efecto, de estudio y de suma pulcritud, por el estilo de las de Rubens, bien conservada: 2 piés y 5 pulgadas de alto, por 2 piés de ancho.

XVI.

Nuestra Señora de Guadalupe, en cobre: 2 piés y 5 pulgadas de alto, por 1 y 9 de ancho. Bien conservado, con un cristal, y á imitacion de las estofadas, tiene el ropaje floreado al pincel con oro musivo.

XVII.

Adoracion de los Reyes Magos: 2 piés y 10 pulgadas en cuadro; estilo seco, amanerado y débil colorido, como de á principios del siglo XVIII.

XVIII.

Dolorosa. Pié y medio de alto, por uno y cuarto de ancho. Estilo del Preciado.

XIX.

Cristo difunto en los brazos de la Vírgen, con dos Marías, San Juan y otro santo. Alto 4 piés y 5 pulgadas, ancho 6 y 4. Es un buen cuadro, que parece original y perteneciente á la Escuela Italiana del siglo XVI.

XX.

Un Nacimiento y Adoracion de los Pastores, de 4 piés y 8 pulgadas de alto, por 3 y 9 de ancho. En el marco, que es antiguo y apropiado al tamaño, se lee en letras de carmin: «del Ticiano». Absurdo craso: no tiene el dibujo, colorido y demas propiedades de tan celebrado artista.

XXI.

En la misma sacristía se hallan estas obras de escultura: un cuadro con su cristal, ejecutado en pasta, que representa un altar con un Crucifijo; otra, con cristal tambien, que representa una Purísima, de marfil, bastante buena, de 10 pulgadas de altura; una estatua de madera colorida, de medio cuerpo, de tamaño poco menor que el natural; un Crucifijo de marfil, de unos 2 piés de altura, de autor desconocido, bien estudiado y tallado, dentro de una buena urna, con cristales como la anterior.

FIN.